COLECCION

DE

COMEDIAS ANTIGUAS Y MODERNAS

TRAGEDIAS, ÓPERAS,

AUTOS SACRAMENTALES, SAINETES,

ENTREMESES Y UNIPERSONALES



MADRID
LIBRERÍAS DE CUESTA
Calles de Carretas, 9, y Luna, 3



LA GRAN CENOBIA.



A. Moreau Inv: y Lit: Lit: de la Rl. Soc: Patriótica.

Cenobia — Traicion . . . !

JORN. II.

13

V.

LA GRAN CENOBIA.

PERSONAS.

AURELIANO.	*Un Capitan.*	IRENE.
DECIO.	*Soldados romanos.*	CROTILDA.
LIBIO, *Infante.*	*La reina* CENOBIA.	*Soldados de Cenobia.*
PERSIO, *soldado.*	ASTREA, *sacerdotisa.*	*Músicos.*

JORNADA I.

Sale AURELIANO *vestido de pieles como asombrado.*

Aur. Espera, sombra fria,
pálida imájen de mi fantasía,
ilusion animada
en aparentes bultos dilatada,
no te consuma el viento
si eres fantasma de mi pensamiento.
No huyas veloz. ¡Pero qué es esto, cielo?
¿En tantas confusiones, duermo ó velo?
Aunque en mí ya es lo mismo
cuando en tan ciego, en tan oscuro abismo
de mi discurso incierto,
lo que dormido vi, sueño despierto.
Pues otra vez (ay cielos!) me parece
que Quintilio á la vista se me ofrece
de laurel coronado,
el rostro ensangrentado,
y por varias heridas
vertiendo horrores, derramando vidas;
y con voz temerosa
me decia en angustia tan penosa:
ves aquí mi laurel, mi cetro toma,
que tú serás emperador de Roma.
Cuya voz, en el viento desatada,
sombra fué de mi dicha imaginada.
Mas despierto ó dormido,
¡no soy quien tantas veces atrevido,
no sin grande misterio,
señor me nombro del romano imperio,
cuya fuerte aprehension, cuya porfía
me rinde á una mortal melancolía,
tanto, que por no ver en las ciudades
la pompa de soberbias magestades,
vengo á habitar desiertos horizontes,
y á ser rey de las fieras de los montes?
Pues si este soy, ¿qué mucho las pasiones,
que me oprimen despierto,
entre las sombras del silencio muerto,
den cuerpo y voz á vanas ilusiones?
¿Si el alma nunca duerme,
como inmortal, y César quiso hacerme
este instante pequeño?
¿Por qué no rinde á la ambicion el sueño?
¿Pero qué es lo que veo?
O los ojos me mienten, ó el deseo:
una corona de laurel sagrado
está sobre estas peñas, y el dorado
cetro mas adelante.
(*Descúbrese sobre un peñasco la corona y el cetro entre unas ramas.*
Enigmas son de mi discurso errante
tan declaradas señas,
sino es que, en vez de troncos, estas peñas
cetros dan; y ellos, viendo mis congojas,
me rinden fruto en coronadas hojas.
Soberana tiara,
seña feliz de mi fortuna rara,
perdona si me atrevo
á tu deidad; porque un aliento nuevo,
un espíritu altivo que me inflama
el corazon, á tanto honor me llama.
Salid, fieras, salid de las oscuras
cárceles que os labraron peñas duras;
venid, venid corriendo,
y á mi coronacion asistid, viendo
cómo mi honor pregono,

cuando rey de estos montes me corono.
(*Pónese la Corona y toma el cetro.*
Pequeño mundo soy, y en esto fundo,
que en ser señor de mí, lo soy del mundo.
En este lisonjero
espejo fugitivo mirar quiero,
cómo el resplandeciente
laurel asienta en mi dichosa frente.
(*Mírase en una fuente.*
O sagrada figura!
hago el original á la pintura
debida reverencia,
cuando elevado en mis discursos hallo,
que yo doy y recibo la obediencia,
siendo mi emperador y mi vasallo.
Narciso en una fuente,
de su misma belleza enamorado,
rindió la vida; y yo mas dignamente,
dando toda la rienda á mi cuidado,
si no de mi belleza,
Narciso pienso ser de mi fiereza.
(*Quédase mirando.*

Sale ASTREA, *un Capitan y soldados.*

Astr. Este es el que vais buscando.
Llegad, adoradle todos;
pues hoy os previene el cielo
emperador prodigioso,
digno monarca de Roma,
á cuyos valientes hombros
se atreve á fiar el cielo
la máquina de dos polos.
Tú, que en alas de la fama (*á Aurel.*
ocupas lo mas remoto
del mundo, que ignora el sol
sulcando estrellados globos;
tú, que en sangrientas victorias
siempre altivo, siempre heróico,
tantas veces de la muerte
el brazo tuviste ocioso:
¿cómo en desiertas campiñas
en rústico trage, como vive
acobardado el brío,
está el valor temeroso?
Vuelve al ejército; vuelve,
dando á los cielos asombros,
á dar al Tíber victorias
que harán tu nombre famoso.
Y porque á mi voz pendiente
no estés confuso y absorto,
escucha, que yo de Roma
hoy emperador te nombro.
En la sucesion de Claudio
ocupó el romano solio
Quintilio, cuya fortuna
subió mucho y duró poco.
Este, afecto á los cristianos,
siendo cruel y ambicioso,
causó en los pechos del vulgo,
en vez de obediencia, enojo:
porque es en su condicion
el vulgo un disforme monstruo,
que no perdona á ninguno,
con ser compuesto de todos.
Este, pues, alimentado
de novedades, furioso
hizo que á Quintilio diesen
muerte sus soldados propios;
y huyendo por este monte,
herido, sangriento y solo,
iba diciendo: en tus manos,
Roma, el cetro y laurel pongo.
Así acabó, cuya muerte
causó nuevos alborotos
al ejército alterado;
porque en la eleccion dudosos,
libertad, pidieron unos,
señor, aclamaron otros.
Ya los bandos divididos
se amenazaban furiosos,
forjando rayos de acero
en esferas de humo y polvo.
Al tiempo que yo, inspirada
del oráculo de Apolo,
diciendo tales razones
en medio dellos me pongo:
tened las armas, que el cielo
hoy os dará prodigioso
emperador, á quien tiemble
el mundo en sus ejes roto.
Este es el fuerte Aureliano,
y en fe de que el cielo propio
le elige, seguid mis pasos,
donde alegre y venturoso
coronado le hallareis
de aquellos mismos despojos
que perdió Quintilio. Ved,
si quereis mas testimonio.
Ellos á mi voz rendidos,
ó al decreto poderoso
obedientes, me siguieron
donde lo han hallado todo.
¡Ea pues, fuerte Aureliano,
deja en suspension el ocio,
logra el laurel que has ceñido
divinamente! — Y vosotros (*á los solda.*
decid, que Aureliano viva,
y en secretos misteriosos,
obedeced los efectos
sin examinar el cómo.
No desconfieis por ver
en traje rústico y tosco
vuestro césar, que el diamante
mas luce engastado en plomo;
y no importa que entre nubes

guarde el sol sus rayos rojos,
si por troneras de nácar
se desata en líneas de oro.

Todos Viva nuestro emperador!

Cap. ¡Viva mil siglos dichosos
Aureliano!

Todos. Viva, viva?

Aur. ¡Cielos, qué prodigios toco? (*ap.*
Aqueste monte parece
que da, preñado de asombros,
espíritus á las peñas,
que almas infunde en los troncos,
ó que de su centro duro
va arrojando portentoso
vasallos que me obedezcan.
¿En afectos tan dudosos
pueden mentir los oidos?
pueden engañar los ojos?
No, pues es cierto que veo;
no, pues es verdad que oigo.
Si me ofrece la fortuna
el bien, ¿por qué no le gozo?
Qué aguardo, pues le merezco?
Qué dudo, pues le conozco?
Sea césar, aunque luego
despierte; que al cabo todos
los imperios son soñados.
¿Qué busco ejemplos mas propios,
si es en su concepto rey,
si piensa que es rey, un loco?

Astr. ¿Por qué, Aureliano, suspendes
el ánimo belicoso?
Qué dudas?

Aur. Divina Astrea,
no dudo yo de mi heróico
ánimo merecimientos
para el laurel que corono,
antes porque le merezco
dudo tenerle; que solo
consigue muchos trofeos
quien ha pretendido pocos.
Pero si el cielo permite
esta eleccion, y vosotros
la obedeceis, desde luego
vuestro emperador me nombro.
Y por ser en la eleccion
estraño como en el todo,
ciudad este monte sea,
palacio este sitio umbroso;
sirvan de alfombra las flores
y de doseles los olmos;
de carro sirva esta peña,
donde alegre y venturoso
me adoreis. Y no os parezcan
el sitio y el traje impropios,
que una fiera es general
de ejércitos numerosos.

Astr. Todos su césar te llaman,
y el viento con ecos roncos
repite: Aureliano viva!

Todos Viva mil siglos dichosos!

Aur. Viva, para ser azote
sangriento y mortal asombro
de la tierra, y para hacer
vuestro renombre famoso;
pues juro no entrar en Roma,
hasta que en carro de oro
me veais venir triunfando
de mas vidas, que pimpollos
en rosas rinde el abril
y en espigas el agosto.
(*Tocan dentro cajas.*
¿Pero qué cajas esconden
su voz en profundos huecos,
y repetidas en ecos
se llaman y se responden?

Cap. Porque en tu felice estrella
siempre celebrado vivas,
y á un mismo tiempo recibas
la posesion y uses della,
al ejército ha llegado
Decio, capitan valiente,
que á las partes del oriente
fué por Quintilio enviado.

Aur. Llegue, porque le reciba
donde mi vista le asombre.

Tocan cajas y trompetas á marchar, y solen soldados en órden, y detras DECIO *vestido de luto, ó con armas negras, y se arrodilla delante del César.*

Dec. Nuevo césar, cuyo nombre
á pesar del tiempo viva,
cuya edad de desengaños
de lo inmortal á la gente,
y cuyo imperio se cuente
por siglos, y no por años:
así en mármol inmortal
duren eternas tus glorias;
así vivan tus victorias
en láminas de metal;
así en jaspe y bronce fuerte
estátuas tengas tan bellas,
que yendo á matarte en ellas,
se halle burlada la muerte:
así escedan á los dias
las hojas de tu laurel
que no castigues cruel
las adversidades mias.
Al ejército he venido
donde te hallo emperador,
con vergüenza y sin honor,
hoy de Cenobia vencido:
y si en desdichas alguna
disculpa el cielo previene,

sin usar de cuantas tiene
en mi favor la fortuna,
licencia de hablar te pido,
para que en tanto rigor,
si no premio al vencedor,
des disculpas al vencido.

Aur. ¿Qué disculpa habrá que aguarde
hombre que vencido viene?
Di, por ver, si alguno tiene
disculpa de ser cobarde.

Dec. Donde en brazos del alba nace el dia,
que en diluvios de fuego se desata,
y al fénix celestial la playa fria
es cuna de zafir, tumba de plata,
donde nació, pensando que moria,
pues de una luz en otra se dilata,
siempre sol, siempre vivo, siempre ardiente;
á una parte del Asia en el oriente,

Aunque por largo tiempo despoblados,
fértiles campos hay, campos amenos,
que apenas de las fieras habitados,
se llamaron desiertos Palmirenos.
Estos, que ya edificios levantados
sufren, de gente y poblaciones llenos,
sobre sus montes, cuyas pesadumbres
suben al cielo con doradas cumbres,

Imperios de Cenobia son, de aquella
deidad, en quien los astros se miraron,
para hacerla tan fuerte como bella,
que en ella los estremos se igualaron:
Luna, Saturno y la mayor estrella
la rindieron metales que engendraron;
Mercurio ingenio, Júpiter ventura,
Marte valor y Venus hermosura.

Esta, pues, Amazona, esta que al suelo
admiracion nació, y hermosa y fiera
monstruo fué de la tierra, y aun del cielo
fuéra monstruo si el cielo los tuviera,
con bélico furor, marcial desvelo,
siempre libre su patria considera,
diciendo vencedora, que es en vano
que reconozca imperios del romano.

Ofendido Quintilio, y admirado
de su valor, la guerra determina,
y á mí, que de victorias coronado
tantas veces ciñó Dafne divina,
fia el baston. ¿Pero qué firme estado,
al paso que otro crece, no declina?
Que en la fortuna fuera accion contraria,
siendo muger, no ser mudable y varia.

Llegué, pues, con tal órden, que si diese
pequeña parte del rigor que encierra,
sin declarar la guerra me volviese,
ó no volviese hasta acabar la guerra.
Y para que de mí este intento oyese,
salió á un parque, que es cielo de la tierra,
en fragancia, beldad, vista y colores,
patria de rosas es, ciudad de flores.

De un escuadron de damas coronada,
que á no estar á su lado fueran bellas,
su divina hermosura acompañada
salió; pero aviniéndose con ellas
como la primavera celebrada
con las flores, el sol con las estrellas,
con las fuentes el mar; pues mas hermosa
de aquel coro de ninfas fué la diosa.

Encarnado el vestido, que los ojos
de su rigor le dieron la librea;
corto, porque incitase á mas enojos
al que pasar sus límites desea;
pequeño pié, por muestra ó por despojos
de mas beldad, la vista lisonjea:
bien como el mercader que, para seña
de las joyas que guarda, alguna enseña.

Plateado flueco sobre el pié guarnece
del vestido el estremo en que remata,
donde el viento sutil mover parece
en mares de cristal ondas de plata:
bruñido espejo en un arnés ofrece
al sol, que en sus reflejos se retrata;
y estar sus rayos mas ó menos bellos,
es que no siempre se compone en ellos.

Manto encarnado, plateado á flores,
desde los hombros se derriba al suelo;
¿que si tiene, observando los colores,
de oro la luz, por ser azul el cielo,
para un cielo encarnado qué mejores?
Pues si mudado el aparente velo,
fueran de nácar las cortinas bellas,
tambien fueran de plata las estrellas.

Este manto, de puntas guarnecido,
á imitacion de rayos le tenian
dos flores en los hombros recogido,
que igualmente á los dos correspondian:
de plumas, un tocado entretejido,
encarnadas y blancas, que subian
al sol, mas con tan cuerdo atrevimiento,
que se dejaban sujetar del viento.

No te pinto del rostro las facciones,
y no porque el amor no las advierte,
sino porque muger, cuyos blasones
dan temor al temor, muerte á la muerte,
asuntos á la fama, admiraciones
á los cielos, muger altiva y fuerte,
gallarda en paz, en guerra belicosa,
parece que la sobra el ser hermosa.

Mi pretension la digo, y que la vea;
á quien responde: emperatriz valiente
soy, y Roma el tributo que desea,
con que no se le pida se contente.—
Rompo la guerra yo, y ella se emplea
cuerda al vencer, al gobernar valiente,
por falta de Abdenato su marido,
del peso de los años impedido.

El dia que se dió, mejor dijera
la noche, que aquel dia no fué dia,

que se dió la batalla, considera
á Cenobia, que á Pálas parecia,
tan firme en un caballo, que creyera
que á los dos un espíritu regia;
porque mostraba, aunque de furia lleno,
que se pudiera gobernar sin freno.
Tan obediente el zéfiro animado
corre igual, fácil para, y veloz sube,
que parece en los vientos engendrado,
hijo sutil de un rayo y de una nube.
Vencióme al fin, y si al rigor del hado
he de sentir la culpa que no tuve,
considera, ¿qué vida habrá segura
donde vence la fuerza y la hermosura?

Aur. Necia y cobarde disculpa
á tanto temor previenes,
pues una culpa que tienes
enmiendas con otra culpa.
¿Que ejército te disculpa
de numeroso poder?
¡Qué gigante al parecer
animado monte, ha sido
disculpa de ser vencido
sino una hermosa muger?
¡Ved, pues, que Circe arrogante
usó prodigios con él!
¡Ved, que Medusa cruel
vió en escudo de diamante!
¡Ved, qué Júpiter tonante
con rayos le fulminó!
¿Una muger te venció?

Dec. Sí; pero muger que á ti
venciera.

(*Arroja Aureliano á Decio en el suelo, y pónele el pié encima.*

Aur. Cobarde, á mí?
¿Puedo ser vencido yo?
¿Puedo yo mudanza alguna
padecer en tanto honor?
Di. ¿tiene el tiempo valor?
¿Tiene poder la fortuna?
¿Hay en la suerte importuna
causa que incite mis daños?

Dec. Sí; que hay en el tiempo engaños,
hay en la suerte venganzas,
en la fortuna mudanzas
y en mi vida desengaños.
Tú eras ayer un soldado,
y hoy tienes cetro real;
yo era ayer un general,
y hoy soy un hombre afrentado;
tú has subido, y yo he bajadò:
y pues yo bajo, advirtiendo
sube, Aureliano, y temiendo
el dia que ha de venir,
pues has hallado al subir
otro que viene cayendo.
Los dos estremos seremos
de la fortuna y la suerte,
mas ya en la mia se advierte
el mayor de los estremos;
que si en la fortuna vemos
que no es hoy lo que era ayer,
yo no tengo que temer,
y tú tienes que sentir,
pues bajo para subir,
pues subes para caer.
Tan confiado no estés,
pues no estoy desconfiado;
que puede ser que el estado
trueque la suerte que ves,
y que tú, puesto á mis pies,
por decretos soberanos,
des venganza á los tiranos
pechos.

Aur. Tú vencerme á mí?
¿Cómo puede ser, si aquí
está tu vida en mis manos?
Bien pudiera darte muerte
y asegurar mi temor:
¡pero qué muerte mayor
que tratarte desta suerte?
Vive muriendo, y advierte
que no te mato, por ver
de la fortuna el poder.
Ni la temo, ni respeto;
témela tú; que en efeto
es la fortuna muger.
Tú, que cobarde has nacido,
es bien que mudanza esperes
viniendo de las mugeres
infamemente vencido.
Este acero que has ceñido (*quítale la espada.*
puedes dejar; que á tu lado
está el acero afrentado
cuandò limpio; y considero,
que solamente el acero
parece mejor manchado.
Y porque vea á qué estrella
Roma sus aplausos fia,
la primer empresa mia
ha de ser Cenobia bella;
en Roma he de triunfar della.
Marchen luego las legiones
en formados escuadrones
al Asia, y con su arrebol
sirvan de nubes al sol
mis desplegados pendones.
Y verás, cobarde, cuando
humilde á mis pies postrada
con Cenobia, al carro atada,
entre por Roma triunfando,
si sé vencer peleando
á quien mirando procura
tener defensa segura.
Marche al Asia desde aquí,

que voy á triunfar de mí,
del poder y la hermosura.
(Vanse todos, y queda solo Decio.

Dec. Ve, y ruego al cielo que seas
despojo de todos tres;
porque, rendido á sus pies,
mi agravio y el tuyo veas.
La corona que deseas
de laurel, cuando ciñere
tu frente, la forma altere,
siendo maravilla fria
flor que nace con el dia,
flor que con la noche muere.
Vivas siempre aborrecido,
no seas en alto estado
de tu gente respetado,
ni de la agena temido.
Tus victorias el olvido
esconda, y entre ansias fieras
rayo, que de las esferas
caiga, á tus huesos tiranos
dé sepulcro, ó á mis manos
con tus mismas armas muera.
Mas ay de mí! poco sabio
lloro mi suerte importuna,
pues ni enmiendo la fortuna,
ni satisfago el agravio.
Hable el alma y calle el labio;
pues la continua mudanza
del tiempo me da esperanza,
que no hay en leyes de amor,
ni tirano sin temor,
ni ofendido sin venganza. *(vase.*

Salen IRENE *y* LIBIO.

Lib. Ya te dije hermosa Irene,
como deste reino entero
soy legítimo heredero;
porque Cenobia no tiene
sucesion, y de mi tio
Abdenato no la espera.

Iren. Hasta aquí sé.

Lib. Yo quisiera....
Mira lo que de ti fio.

Iren. Pues qué temes?

Lib. El secreto.

Iren. Por qué?

Lib. Porque eres muger.

Iren. Bien le sabemos tener
si nos importa el efeto.
No temas, que en su favor
le sabe guardar cualquiera.

Lib. Pues digo, que yo quisiera
asegurar el temor
que me causa el ver tan viejo
á Abdenato; y de otra suerte
tan soberbia altiva y fuerte
en la guerra y el consejo
á Cenobia; pues capaz
de cuanto el imperio encierra
es su defensa en la guerra,
es su consejo en la paz.
Temo, pues, que si pasase
adelante lo que ahora
vemos, despues por señora
el pueblo la apellidase
muerto Abdenato, y á mí
me negase la eleccion
que me toca por varon,
estimando mas que aquí
les gobierne una muger.

Iren. Pues qué intentas?

Lib. Atajar
sus pasos, sin dar lugar
á que pueda suceder.

Iren. De qué modo?

Lib. Desta suerte
mi dicha y la tuya trato;
tú has de dar muerte á Abdenato.

Iren. Pues dar á Abdenato muerte,
no á Cenobia, es contra ti;
que si es tu temor cruel,
que, despues de muerto él,
Cenobia gobierne, así
en su favor mismo tratas
lo que en el tuyo aconsejas,
pues á quien te estorba dejas,
y á quien te hace espaldas matas.
Libio, si he de ser yo juez,
por todo el riesgo atropella:
¿no es mejor matarla á ella,
y acabamos de una vez?

Lib. En un peligro cruel
no es dificultoso entrar,
Irene, sino mirar
cómo se ha de salir dél.
Cuando á Cenobia mataran
tus manos, bien cierto era
que ninguno lo supiera,
mas todos lo sospecharan,
que un secreto, por mil modos
público al mundo importuno,
con no decirle ninguno,
le vienen á saber todos.
Bien se ve que la razon
militará de una suerte,
dando á Abdenato la muerte
que á Cenobia; pero son
diferentes desengaños:
pues, al comun parecer,
un viejo no ha menester
mas ocasion que sus años.
Y respondiéndote á ti,
que porque matar queria
á Abdenato, pues hacia

dudosa mi gloria así,
digo, que por estorbar
no se enseñe á obedecer
este reino una muger,
ni una muger á mandar;
pues una vez admitida,
no hay despues fuerzas bastantes
para despojarla; y antes
que lo esté, es razon que impida:
pues muerto Abdenato, á mí
nombrarán, y en tales modos
vendré á mandarlos á todos,
para obedecerte á ti.

Iren. Y yo, para que concluya
mi amor, desde polo á polo
quisiera ser reina, solo
para ser esclava tuya.

Lib. ¿Atreveréme á pedir
tu mano?

Iren. Cenobia viene.

Lib. Reinar ó morir conviene.

Iren. Libio, reinar ó morir.

Sale la reina CENOBIA *y soldados con memoriales.*

Sold. 1. Yo tengo una pretension
en consulta, y solo espero
verla, porque volver quiero
á servirte.

Sold. 2. Aquestos son
papeles, donde verá
vuestra Magestad del modo
que la he servido.

Cen. De todo
estoy advertida ya.
Tened, amigos, paciencia,
que es el rey quien lo ha de ver.

Sold. 1. Qué gobierno!

Sold. 2. Qué muger!

Sold. 3. Qué valor!

Sold. 1. Y qué prudencia!
(*Vanse los soldados.*

Lib. Y qué envidia! estoy rabiando! (*ap.*

Cen. ¡Libio, tú estabas aquí?

Lib. Que me des audiencia á mí,
señora, estaba esperando.

Cen. Turbado y descolorido (*aparte.*
á hablarme viene; hoy llegó
la desvergüenza que yo
tantas veces he temido.—
¿Pues tú tienes que esperar?
¡En qué tiempo, en qué ocasion
no tendrá tu pretension,
Libio, el primero lugar?

Lib. Esperaba que estuvieses
sola.

Cen. Ya lo estoy.

Lib. Yo he estado,
mientras la audiencia, arrimado
á este cancel; y si oyeses
lo que todos van diciendo...

Cen. Ya sé que dirán aquí
grandezas que no hay en mí;
y pues sabes que me ofendo
de lisonjas, no repitas
sus alabanzas.

Lib. No son.....

Cen. Ya sé lo que es.

Lib. La razon
partida al hablar me quitas.
¿Piensas.....?

Cen. ¿Qué habia de pensar
que mi alabanza no fuera?
¿Quién, donde tú estás, pudiera
otra cosa pronunciar?
Pues satisfecha de ti,
á no ser tal, pienso yo
la riñeras allí, y no
me la dijeras aquí.

Lib. No todo se ha de reñir
con la espada.

Cen. De ese modo,
si no se ha de reñir todo,
no todo se ha de decir.

Lib. Llevan mal ver gobernando
á una muger cetro igual.

Cen. ¿Por qué el ver no llevan mal
á una muger peleando?

Lib. Sienten el verte sentada
en un tribunal; y es bien.

Cen. ¿Por qué no sienten tambien
verme en la campaña armada?

Lib. No quieren sufrir sus glorias,
que las leyes que tuvieren
les dé muger.

Cen. ¿Cómo quieren
sufrir que les dé victorias?

Lib. No es bien que este reino esperes
gobernar.

Cen. Bien es que vean,
pues los hombres no pelean,
que gobiernan las mugeres.

Lib. Parece que hablas conmigo.

Cen. Tus hechos te contradicen.

Lib. Yo digo lo que ellos dicen.

Cen. Lo que ellos responden digo;
que si yo, sin conocellos,
de ti las quejas oí,
fuerza es responderte á ti,
tú respóndeles á ellos.
Y en ocasion como esta,
si, cuando á hablarme llegaste,
las quejas consideraste,
considera la respuesta:
que he de dar leyes, y asombros

les daré tambien, y horror,
cuando quite á algun traidor
la cabeza de los hombros.

Lib. Pésame.....

Cen. Vete de aquí.

Lib. De mirarte....

Cen. Yo lo creo.

Lib. Con disgusto.

Cen. Ya lo veo.

Lib. Necio en declararme fuí. (*aparte, y vase.*

Cen. ¡Qué ciegamente ha mostrado
su intento! Que le temiera
confieso, si no estuviera
tu espada, Irene, á mi lado;
que si en mí, por ser muger,
se alientan sus pareceres,
solamente con mugeres
me tengo de defender;
y tú, claro está, serás
la mas leal.

Iren. Solo soy
tu esclava (temblando estoy),
como al efecto verás.

Sale PERSIO.

Pers. Tres maneras de medrar (*aparte.*
nos da la humana fortuna,
que son: por casar la una,
la otra por enviudar,
la tercera por mentir
con arte; y de todas tres
aquesta postrera es
la que yo pienso seguir.
Un soldado venial
soy, que nunca mortalmente
reñí; á un soldado valiente
muerto hallé en un arenal,
y estos papeles, que son
de sus hechos testimonio,
quité; llamábase Andronio,
y gozando la ocasion,
á pretender he venido,
mudando el Persio en su nombre.
No seré yo el primer hombre
que haya los frutos cogido
de lo que otro siembra: llano
ejemplo algun cambio es,.
concebido en ginoves
y parido en castellano.

Iren. Hasta tu cuarto se ha entrado,
señora, un soldado.

Cen. Irene,
sola esa licencia tiene
para conmigo un soldado.—
Quién sois? (*á Persio.*

Pers. DiréIo despues (*arrodíllase.*
que bese mi sucia boca,
la breve parte que toca
ese enano de otros pies.
Mis papeles den ahora
de quien yo soy testimonio.
(*Levántase y dale unos papeles.*

Cen. Cómo os llamais?

Pers. Persio.... Andronio
habia de decir, señora.

Cen. Vos sois Andronio?

Pers. Yo soy.

Cen. Mucho me huelgo de veros,
que deseo conoceros;
porque ya informada estoy
de vuestro valor.

Pers. El mio
no es mas del que tú le das.—
¡Fortunilla, buena vas! (*aparte.*

Cen. (*lee.*) "Salió Andronio á un desafio"
¿Qué desafío fué aquel (*representa.*
en que te has hallado?

Pers. Aquí (*aparte.*
me coge.—Antes me perdí,
señora, que me hallé en él.

Cen. Cómo?

Pers. Guardaba un gigante
de una viña cada uva
tan grande como una cuba.
Contra aquel monstruo arrogante
quisieron que fuera yo
á traerlas cierto dia,
que hambre la gente tenia.
El gigante me sintió,
y yo, usando del consejo
mas que de la valentía,
una uva dejé vacía,
y vestíme del pellejo:
él, oliendo carne humana,
entre las cepas llegó,
y qué hizo? El diablo le dió
entonces de comer gana,
y aquel mismo grano quita
de la cepa, y de un bocado
me zampa, medio mascado,
pensando que era pepita,
me arrojó tanto, que fuí
volando, si es que volaba,
al ejército, que estaba
quinientas leguas de allí.

Cen. (*lee.*)" Andronio es quien sin escala
una muralla asaltó."

Pers. Era en ese tiempo yo
ligero como una bala.

Cen. Cómo la asaltaste?

Pers. Como
junto á la muralla habia
un cipres que la escedia;
y vengo, y qué hago? Tomo
un cordel, y voy doblando

hasta la tierra el cipres;
y asiéndome dél despues,
poco á poco voy soltando
el lazo; y cuando se halla
libre, á su centro volvió
tan fuerte, que me arrojó
encima de la muralla.
Estos disparates digo
para entretenerte aquí,
no porque esto fuese así;
que le hago al cielo testigo
de mis hechos, y no es bien
que repita mis hazañas.

Cen. Bien claro me desengañas
de tu discrecion tambien;
pues gustando yo de oillas,
tú por no gloriarte dellas,
no te escusas de emprendellas,
y te escusas de decillas.
Mayor crédito has hallado
en victorias que has tenido
con no haberlas repetido,
que con haberlas ganado.
Las alabanzas desdicen
del valor; y así me obligas
que no es menester que digas
lo que estos papeles dicen.
Y porque á un tiempo me agrada
tu gusto y tu valentía,
quedará desde este dia
en mi servicio ocupada
tu persona.

Pers. Hónrasme así. (*de rodillas.*
Deste pié no me levantes,
enano le llamé antes
y ahora digo Bonami.

Sale CROTILDA.

Crot. Hablarte pretende un hombre
que ser romano declara,
con una banda en la cara,
sin querer decir el nombre.
Dice que te importa.

Cen. A mí?
Di que entre.

Pers. ¿Y si es del demonio
alguna traicion?

Cen. Andronio,
tú no te apartes de aquí,
que no sabemos qué espera,
y yo contigo no mas
estoy segura.

Pers. No estás; (*aparte.*
llama otro ciento si quiera.

Sale DECIO *con una banda en el rostro.*

Dec. Dame, señora, tus pies. *arrodíllase.*

Pers. Y plegue á Dios basten ciento. (*aparte.*

Cen. Alza del suelo.

Dec. Mi intento
sabrás, cuando sola estés.

Pers. Pues solo quiere quedar,
da licencia á mi partida;
que soy cortes, y en mi vida
amigo fuí de estorbar.

Cen. Salíos todos allá fuera.

Pers. De buen grado.

Iren. Vamos pues.

Cen. Mira que advertido estés, (*apte. á Persio.*
y á cualquier suceso espera
resuelto.

Pers. Sí, esperaré.

Cen. ¿De qué turbado te pones?
Ya en la voz y en las acciones (*apt.*
la cólera se le ve.—
Repórtate.

Pers. Cómo puedo.

Cen. Quizá por bien ha venido.

Pers. Repórtome.—Ella ha creido (*aparte.*
que es cólera lo que es miedo.
(*Vanse, y quedan solos los dos.*

Cen. Ya se fueron; ya bien puedes,
descubriendo tu intencion,
quitar del rostro la banda
y dar al aire la voz.
¿Por qué suspensas á un tiempo
tienes la lengua y accion?
¿Qué dudas, que solo estás?
¿Qué esperas, que sola estoy?
Atrévete, sino es
que conociste al temor
despues de verme.

Dec. Bien dices;
que si le conozco yo,
es despues de haberte visto.
Mira si tengo razon. (*Descúbrese.*
Conócesme?

Cen. Sí, conozco.
Tú no eres Decio?

Dec. No.

Cen. Pues quién eres?

Dec. No lo sé;
tan ageno de mí estoy,
que lo dudo. Decio fuí
el tiempo que tuve honor;
mas despues que no le tengo
no sé, Cenobia, quién soy.
Deja el acero que empuñas,
que cuando mi muerte atroz
pretendas, no has menester
mas armas que mi dolor.
Este será mi homicida,
si no es en la ocasion
riguroso con piedad,
ó piadoso con rigor

Y en tanto escucha razones,
cuyo concepto veloz
forman antes que la lengua
las alas del corazon.
Bien sabes, Cenobia bella,
cuando en campaña hice yo
de tu poder esperiencia,
y exámen de mi valor,
que ser vencido no fué
defecto de mi opinion,
sino fuerza de mi estrella,
ya que de tus hechos no.
Pues un tirano, un cruel,
un bárbaro emperador,
que sin concierto y sin órden
el ejército elijió,
usó en presencia de todos,
en ofensas de mi honor,
de acciones y de palabras;
(aquí se turba mi voz,
aquí enmudece mi lengua,
aquí falta mi razon,
aquí el discurso entorpece,
aquí me mata el dolor)
palabras y acciones tales,
que ellas serán ocasion
á que entre las fieras viva,
á que me esconda del sol,
si con ver mayor venganza
no enmiendo el daño menor.
Tal hizo, por ir vencido,
como si tuviera yo
en mis manos mi fortuna,
sin considerar que son
inconstantes sus efectos,
y esta vida breve flor
que se consume á sí misma,
gusano de su boton;
un almendro de hojas lleno,
que ufano con ambicion,
á los suspiros del austro
pompa y vanidad perdió;
un edificio, que Atlante
de la esfera superior,
caduco á un rayo, resuelve
en polvo su pretension:
una llama, que las sombras
de la noche iluminó,
y obediente á un fácil soplo,
pierde luz y resplandor.
¿Pero para qué te canso,
si no hay ejemplo mayor
que un hombre, con alma ayer,
y helado cadáver hoy?
¿Mas dónde voy (ay de mi!)
llevado de la pasion?
Vuelvo al discurso: este fiero
y cruel emperador,
ofendido que de ti
le hiciese tal relacion,
bien que á tus merecimientos
fué corta, dijo que amor
era quien me habia vencido.
Confieso que no mintió;
mas fué el amor y la fuerza,
la hermosura y el valor;
porque dos veces vencido,
fueron tus victorias dos.
Este, en fin, menospreciando
la fama de tu opinion,
del valor y la hermosura,
triunfar en Roma juró.
Contra ti viene, ya llega;
porque estaba á esta ocasion
el ejército en Numidia,
de donde luego partió.
El mayor que ha visto Roma
conduce; cada escuadron
parece monte de acero,
y flores las plumas son;
los descojidos pendones
cubren al mundo de horror,
cuando sus águilas llegan
á ver cara á cara al sol.
Esta victoria, ó valiente
Cenobia, importa á los dos.
Vea Aureliano que puede
vencerle quien me venció.
A darte el aviso vengo,
porque con mas prevencion
le esperes. Triunfa de Roma
segunda vez, y al blason
de tus victorias añade
la de Aureliano; que yo
dudoso entre dos afectos
de tu victoria y mi honor,
á darte el aviso vengo,
y á lidiar contra ti voy.

Cen. Mas sentimiento ha causado
tu agravio en mí, que temor
la venida de Aureliano,
que aquel siento, y esta no.
Venga su ejército, y sea
en número superior
á las arenas del mar
ó á los átomos del sol;
traigan máquinas de fuego
mas que ingeniero traidor
sobre los muros de Frigia
dispuso el Paladion.
Vengan poblando campañas
los elefantes, que son
montes con alma, volcanes
vivos preñados de horror.
Quédese desierta Roma;
que mas en esta ocasion

sintiera que no viniera,
vive Júpiter, gran Dios,
donde á tu agravio y al mio
les diera satisfaccion.
¿Porque te vencí se afrenta?
¿Y con necia presuncion
da por necia á la fortuna
y por cobarde al temor,
aun sin haberle tenido?
Pues para mas opinion
con amor he de vencerle,
solo porque sea mayor
mi gloria. Y pues la victoria
ya nos importa á los dos,
no te vayas, Decio; aquí
de mi ejército el baston
te daré.

Dec. ¿Pues he de ser
contra mi patria traidor?
Contra Aureliano bien puedo
como ofendido; mas no
contra los mios, que fuera
confirmar su presuncion.

Cen. Pues alto, vete, y advierte
que vuelvas por tu opinion;
y para que ocasion tengas,
tu mayor contrario soy.
Vete pues.

Dec. Y agradecido
á la fortuna que dió
ocasion á tal ventura,
y á mi desdicha ocasion.
(*Tocan cajas.*

Cen. Qué rumor es ese?

Dec. Aquellas
cajas de Aureliano son,
que rompida de los vientos
llega cansada la voz.

Cen. Hoy ha de verme Aureliano.

Dec. Y yo no he de verte hoy?

Cen. No; pues vas á pelear
contra mí.

Dec. Si quejas son,
no hay mas quejas, que á servirte
yo me quedaré.

Cen. Eso no;
que mas quiero, aunque estimara
tenerte en mi campo yo,
verte con honra en mi agravio,
que sin ella en mi favor.
Vete pues, y en la batalla
nos veremos.

Dec. ¿Podré yo
conocerte?

Cen. Sí; tú puedes,
porque te advierta mejor,
llevar esta banda. (*dale una banda.*

Dec. Ay cielos!
¿podré en tan alta ocasion
tenerla por favor tuyo?

Cen. Tú has de tenerla, yo no.
Tenla por lo que quisieres;
que yo por seña la doy. (*tocan.*
Ya de las templadas cajas
el eco suena mayor;
yo voy á verme con él.

Dec. Y yo á verme con él voy.

Cen. A dios, y Aureliano muera.

Dec. Viva Cenobia, y á dios.

JORNADA II.

Salen LIBIO *y* IRENE.

Iren. Sosiégate.

Lib. ¿Cuando veo
en tan ciega ejecucion
malograda la intencion
y declarado el deseo?
Pues en el veneno fuerte
de la compuesta bebida,
pensando que era la vida,
bebió Abdenato la muerte.
Cuando creí, que alterado
el pueblo á mí me eligiese,
porque caudillo tuviese
en tan miserable estado,
como está puesto por Roma,
no solo no se logró,
pero á Cenobia entregó
el baston que á cargo toma
con tan mugeril belleza
y varonil valentía,
todo para envidia mia,
que con tanta fortaleza
como has visto, ha resistido
tres asaltos que ha intentado
Aureliano, y retirado,
por no decir que vencido,
está esperando el socorro
que envian Persia y Egipto:
y ella, (que aquesto permito!
¡por Júpiter, que me corro!)
viendo que socorro espera,
antes que pueda llegar
aquí le sale á buscar.
Pues si están desta manera
mis dichas sin conseguir,
las suyas sin declinar,
¿cómo me he de sosegar?
Déjame, Irene, morir.

Iren. Su industria y valor es tal,
que los triunfos que recibe
de dia, de noche escribe;

libro, que historia oriental
llama. Pero el alto brio
no se rinde á la fortuna;
muger soy, y no hay alguna
que pueda vencer el mio.
Ya determinado estás,
busca otra nueva traicion;
que para su ejecucion
estoy aquí, y tú verás
si doy á Cenobia muerte,
como se la di á Abdenato.

Lib. No ha de ser así; ya trato
mi venganza de otra suerte:
Aureliano ha de vengarme.

Sale CENOBIA *con armas negras, vestida de luto, leyendo en un libro.*

Cen. ¡Qué ha de vengarle Aureliano! *(aparte.*

Iren. Cenobia viene.

Cen. Es en vano, *(aparte.*
que yo pueda sosegarme.—
Huélgome de verte aquí,
Libio.

Lib. Solo espero ver
qué mandas.

Cen. Deseo saber
qué se dice por ahí
de Cenobia.

Lib. ¿Pues soy yo
quien ha de escribir su historia?

Cen. Quien la tome de memoria,
quien ha de escribirla no.

Lib. Nada se dice.—Infelice *(aparte.*
tormento en el alma lucha.

Cen. Si no lo sabes, escucha
qué de Cenobia se dice,
ahora lo estaba leyendo;
oye.—Sospecha cruel, *(aparte.*
sin declararme con él,
quejarme á él mismo pretendo.—
(lee.) "Que viendo á Decio vencido
vino al Oriente Aureliano
con todo el poder romano
de su poder ofendido.
Y que habiéndola cercado
enemiga, la asaltó
tres veces, y tres volvió
rompido y desbaratado,
tanto, que le fué forzoso
retirarse hasta que tenga
socorro; y antes que venga,
con ánimo belicoso
ella le saldrá á buscar,
porque en su sangre se aneguen
cuando Egipto y Persia lleguen
y no tengan á quien dar
los socorros poderosos,
hallando en estos desiertos
murallas de cuerpos muertos,
llenos de sangre los fosos.
Tambien se dice que hoy es
cuando la batalla quiere
dar, y lo que sucediere
della, se dirá despues."

Lib. Y yo lo puedo decir
ahora.

Cen. Pues qué será?

Lib. Que llegará y vencerá.

Cen. Vuelvo, Libio, á proseguir.
(lee „En este tiempo enviudó;
y atreviéndose, por ver
en el reino una muger,
no faltó quien procuró
de secreto conjurar
la gente, y dándole mano
al ejército romano,
y tributo, conspirar
á la corona, y así
lograr su intento felice
uno y otro." *(Representa.* Esto se dice,
no creo que será así.
Mas vive Dios, si llegara
tiempo en que esto sucediera,
y de algun hombre creyera,
(qué es creer?) si imaginara
que algun cobarde traidor,
que algun infame, villano,
arrogante, loco y vano
habia que, sin temor
ni vergüenza, contra mí
tratase algun mal cruel,
dijera entonces á él
lo que ahora digo á ti,
¿Es posible que no ves
que el mismo que en la ocasion
agradece tu traicion,
huye del traidor despues?
Porque aunque ella agrade, á todos
viene el traidor á cansar,
y no es posible alcanzar
honra por infames modos;
pues el que mas alto estuvo,
á ser mas notado viene,
cuando el mismo honor que tiene
dice la infamia que tuvo.
Yo soy tu reina, y advierte
que te dejo de matar
con mis manos, por no dar
á un traidor tan noble muerte;
y podrá ser que algun dia
á las de un verdugo muera.

Lib. Señora....

Cen. Esto le dijera,
á saber quien es.

Lib. Sería

agraviarme responder,
porque no me toca á mí;
que yo siempre tuyo fuí.
Cen. ¿Pues pudiera yo creer,
aunque el mundo lo afirmara,
Libio, que en la sangre mia
tan grande mancha cabia?
No te turbes y repara,
que yo estoy tan confiada,
que si la victoria espero,
solo es porque considero
que está á mi lado tu espada.

Sale PERSIO.

Pers. Dame tus pies.
Cen. Bien venido,
Andronio; que no esperé
menos de ti.
Pers. Bien se ve; (*aparte.*
el demonio me ha metido
á valiente.
Cen. Qué hay de nuevo?
Pers. Que de Persia viene ya,
y mañana llegará
con poder, que no me atrevo
á pintarle, no parezca
que le encarece el temor.
Cen. Ahora es tiempo que el valor
con mas denuedo se ofrezca
al peligro.— Ea, soldados!
esta es honrosa ocasion
de quedar en la opinion
de la fama celebrados.
Hoy á la vista tenemos
al ejército romano;
venzamos hoy á Aureliano,
que mañana venceremos
al Persa. Rompan los vientos
las voces siempre inquietas
de las cajas y trompetas,
y á sus confusos acentos
responda el eco oprimido.
Suene el clarin animado,
gima el parche castigado,
brame el bronce repetido;
publiquen sangrienta guerra,
con mortales sentimientos,
turbados los elementos,
agua, fuego, viento y tierra;
que yo á tan divina gloria
la primera embestiré,
en cuyo encuentro diré,
antes que guerra, victoria.
(*Tocan cajas y trompetas, y éntranse todos sacando las espadas.*

Salen AURELIANO, ASTREA, *el capitan y soldados.*

Astr. Hoy dichoso fin colijo,
que el Dios, que en tu ayuda viene,
la victoria te previene,
pues el oráculo dijo:
,,irás y vencerás; no
serás vencido en la guerra."
Aur. Ea, altiva Roma, cierra
hoy, que Apolo aseguró
triunfo, en cuya confianza
mi pecho al furor se entrega.
Altiva Cenobia, hoy llega
tu castigo y mi venganza.
(*Vanse sacando las espadas.*

Sale DECIO *cubierto el rostro con la banda de Cenobia.*

Dec. Hoy he de mostrar, valiente
Cenobia, mi fuerza altiva.
El César de Roma viva! (*vase.*
Dentro. Viva la reina de Oriente!

Dase la batalla, saliendo y entrando dos veces, y salen AURELIANO *y* ASTREA *huyendo.*

Astr. ¿De qué sirve la osadia,
cuando á tus desdichas ves
el cielo opuesto, que hoy es
para Roma infausto dia?
Rotos ya tus escuadrones
te han dejado herido y solo.
Aur. Tú con engaños de Apolo
á esta afrenta me dispones;
y aun él mismo es contra mí;
pues en una empresa igual
me anima y me miente.
Astr. Mal
el oráculo entendí;
porque otro sentido encierra,
que entonces no alcancé yo:
,,irás, y vencerás; no
serás vencido en la guerra."
Aur. Sacerdotisa engañosa,
vaticinante mentida,
sirena falsa y fingida,
profetisa mentirosa,
la respuesta que entendiste
de otra suerte has de llorar.
Tú la pena has de pagar,
pues tú la culpa tuviste.
Muere infame, y vengue en ti
de aquese Apolo cruel
rabia, que no puedo en él.
En esta gruta.....
Arrójala despeñada en una cueva.
Astr. Ay de mí!
Aur. Hallarás tu sepultura,
si en sus entrañas las fieras
no te la dan, porque alteres

los sentidos, que procura
revelarme Apolo santo;
y á creer, que engaño fué
del mismo Apolo, no sé
si hiciera en él otro tanto.
Huyendo mi gente vuelve,
delante me he de poner
del contrario, para ver
si atrevido se resuelve
á morir.—Muger, quién eres?
mas con tan altos renombres,
di, que afrenta de los hombres,
di, que honor de las mugeres. *(vase.*

Tocan al arma, y sale CENOBIA *con la espada desnuda y una banda puesta en el brazo.*

Cen. De la batalla rendida,
sin que me hayan conocido,
sola á este monte he salido
para curarme una herida,
en cuya ofensa ha de ser
teatro este monte fuerte,
romanos, de vuestra muerte.
(Astrea se queja dentro.
Astr. Ay infelice muger!
Cen. Parece que oigo (ay de mi!)
turbada una voz que dice,
que soy muger infelice.
Astr. Hoy ha de triunfar de ti
el rigor....
Cen. Qué escucho? ay triste!
Astr. De un alevoso traidor,
de un tirano emperador.
Cen. De horror el alma se viste,
pues el eco temeroso
dice: triunfará inhumano
un emperador tirano,
por un traidor alevoso.
Astr. Herida y sangrienta estás....
Cen. Que herida estoy, ya lo veo.
Astr. Donde mísero trofeo
de la soberbia serás.
Cen. Sin duda que alguien procura
acobardarme, y ha sido
en este monte escondido.
Astr. ¡Ay desdichada hermosura!
Cen. Nada desde aquí se ve.
Cenobia, ¿qué te acobarda,
cuando esta victoria aguarda
á tu fama? Ilusion fué;
venza yo con el valor,
que nada temo ni creo,
hasta que sea trofeo
de un tirano y de un traidor. *(vase.*

Sale LIBIO.

Lib. Yo me perdí, porque pueda
llegar á hablar á Aureliano,
que así mis glorias allano.
Astr. *(dentro)* Ven, traidor; y si te queda
mas rigor, muéstrale aquí;
que huyendo, tirano, desto,
te verás en alto puesto.
Lib. Parece que hablan de mí.
Astr. Sé soberbio, sé tirano,
sé riguroso, sé fiero
de una vez.
Lib. Cielos, qué espero?
hoy nuevo espíritu gano,
pues me anima el cielo á ser
cruel, pues me ha persuadido
con voces, quizá ofendido
de una soberbia muger.
Muera pues, que yo no falto
á la ambicion por reinar,
si usando esto, espero estar
temido en puesto mas alto. *(vase.*

Tocan cajas, y sale DECIO *con una bandera en la mano.*

Dec. Hoy he de dar la victoria
á Roma, aunque en ella muera
Cenobia; que esta bandera
ha de publicar la gloria,
que he conseguido en ganalla.
Esto á mi honor corresponde;
monte, en tu centro la esconde,
mientras vuelvo á la batalla.
Astr. *(dentro)* Basta, invicto emperador,
la furia, perdona ya;
que mas fama te dará
la clemencia que el rigor.
Dec. ¿Qué voz es esta que sigo,
que, sin saber cuya es,
alma escuchas y no ves?
Con quién hablará?
Astr. Contigo,
contigo, César de Roma,
habla una triste muger;
ven adonde puedas ser
piadoso; la furia doma.
Dec. Ella con emperador
habla; ¿si estará Aureliano
por aquí?
Astr. Quéjome en vano
por aliviar el dolor,
que bien sé que no me escucha.
¿Emperador, no vendrás
á sacarme?
Dec. Dónde estás?
Astr. Dentro desta gruta.
Dec. Mucha
es mi turbacion; aquí
se ve una profunda cueva;

aventura es esta nueva.
Hay gente allá dentro?
Astr. Sí;
sácame de aquí.
Dec. No soy
á quien llamas; pero advierte
que del horror de la muerte
te libraré, pues estoy
donde puedo entrar adentro.
Dónde estás? *llega Decio á la cueva.*
Astr. Hácia aquí llega;
que aunque de mi sangre ciega,
me darán luz en el centro
profundo las esperanzas;
tanto puede quien desea
la vida.
Entra Decio en la cueva, y sácala en brazos llena de polvo y herida en el rostro.
Dec. Divina Astrea,
qué es aquesto?
Astr. Las venganzas
de un emperador, con quien
hablaba, por aliviar
el tormento y el pesar.
Y puesto que por ti ven
mis ojos la luz del suelo,
déjame echar á tus pies,
que la tierra dellos es
para mí dichoso cielo.
Dec. Muy herida estás; procura
alentarte, y en mi tienda
te recoje.
Astr. Porque entienda
que tú de la sepultura,
Decio, mi vida has librado.
Dec. Allí encubierta estarás;
que yo, mientras á ella vas,
en la batalla empeñado
quedo; porque me es forzoso
asistir donde se yerra
segunda vez.
Dentro. Guerra! guerra!
Astr. Dios te saque venturoso,
y con venganza y honor,
contento, alegre y hufano;
libre Roma de un tirano,
tú seas su emperador.
(Vase Astrea, y tocan al arma.
Dec. Despues de haber Aureliano
dado valor á la gente
que desmayada se vió,
con nuevo esfuerzo acomete.
Ahora sí verá Aureliano
que hay una muger que vence
animosa como bella,
y hermosa como valiente.
Y tú, Cenobia, perdona,
que me es forzoso que pruebe
en tu ofensa mi valor,
aunque tus glorias desee.

Sale AURELIANO.

Todos (dentro) Este es Aureliano; muera!
Aur. ¡Valedme, cielos, valedme!
Abrase la tierra aquí,
para que vivo me entierre
en su eterna oscuridad,
donde aun yo no pueda verme.
¿Que una muger pueda tanto
por hermosa y por valiente,
que quite el honor á Roma?
Dec. Cielos, Aureliano es este.
Cúbrese Decio el rostro con la banda, y toma otra vez la bandera.
Aur. A ti, valiente soldado,
que en las águilas que tiene
ese escudo, cuyo vuelo
á mirar el sol se atreve,
conozco que eres de Roma,
á ti te pido, que muestres
en mi defensa el valor;
que á tu misma patria debes.
Tu César soy, Aureliano
soy, que en ocasion tan fuerte
vengo huyendo de mí mismo,
vencido afrentosamente.
Dame la vida, que está
en tus manos.
Dec. ¿Qué previenes
con ruegos á mi osadía?
Si bastaba conocerte
para morir por ti, si es,
que quien muere honrado, muere,
pon en salvo tu persona,
y en esta palabra advierte:
para llegar á tu tienda
el paso es aquesta puente,
que los dos campos divide,
siendo con veloz corriente
valla de plata el Eufrates;
y te juro defenderle,
sin que le rompa ninguno,
de los que en tu alcance vienen,
hasta que pierda la vida.
Aur. Cortés y animoso eres.
Toma este baston; por él
te doy palabra de hacerte
igual en mi imperio, tanto,
que llegue á honrarte y quererte
mas, que le aborrezco á Decio,
por quien siento solamente
esta afrenta; pues corrido,
tengo por cierto que, al verme
vencido de una muger,
será su vista mi muerte.

Dec. Despues te diré quien soy.
Aur. Pues la vida me defiendes
para partir mi corona,
no seas Decio, y seas quien fueres. *(vase.*

Sale CENOBIA *y soldados*

Sold. 1. Esta puente nos da paso.
Cen. Yo he de matarle, ó prenderle
en su tienda.
Dec. Aqueso fuera,
á no guardar yo la puente.
Sold. 2. ¡Un hombre solo se opone
á un escuadron?
Cen. O no temes
el conocido peligro
de la vida, ó la aborreces.
Dec. No es, sino que en este pecho
tal fuego el honor enciende,
que es un rayo cada golpe.
Cen. Pues aunque Júpiter fueses,
y aqueste monte tu espada,
he de pasar.—Mas detente, (*aparte.*
violento impulso; que aquel
es Decio, si no me miente
aquella banda con que
el rostro cubierto tiene.
Dec. Esta es Cenobia. ¡Ay de mí, (*ap.*
en qué confusion tan fuerte
me ponen amor y honor!
Cen. Marcio, retira esa gente,
que yo sola he de ganar
hoy el paso.
Sold. 1. Mira...
Sold. 2. Advierte...
Cen. No hay que advertir.
Sold. 2. A la vista
estaremos. *Vanse los soldados.*
Cen. ¿Tú no eres
Decio?
Dec. Decio soy Cenobia;
que ya me huelgo de verte
en esta ocasion, adonde
puedes honrarme y valerme.
Cen. Y yo de verte me huelgo,
adonde seguramente
puedes darme la victoria,
solo con no defenderte.
Siguiendo vengo á Aureliano,
resuelta animosamente
á que hoy en su misma tienda
he de matarle ó prenderle.
Nadie me estorba la entrada
sino tú. Y pues que te ofrece
esta ocasion tu venganza,
déjame pasar, y advierte
que hoy te vengo, si hoy le alcanzo;
y quedamos igualmente,
yo contenta, honrado tú,
y él vencido, con que vienen
tres medios á conseguirse.
Dec. Pues propones de esa suerte
en prácticas la batalla,
quiero obligarte á que dejes
la pretension. Aureliano
ahora, sin conocerme,
llegó á valerse de mí.
En ocasion tan urgente
palabra di de guardar
este paso, hasta que viese
rendida el alma á los filos
de tus acerados temples.
Mira si estoy obligado
á cumplirla. Y pues tú quieres
convencerme con razones,
esta te obligue á volverte:
ya Aureliano está vencido,
ese triunfo ya le tienes;
déjame ganar, Cenobia,
ahora el de defenderle
siendo mi contrario: así
quedaremos igualmente,
tú contenta, honrado yo,
y él vencido; con que vienen
tres medios á conseguirse
mas noble y mas cuerdamente.
Cen. Yo tengo mayor razon.
¡Tú no fuiste á que te diese
satisfaccion de la ofensa
de Aureliano? Luego tienes
obligacion de ayudarme
ahora, cuando pretende
darte mi honor la venganza
que me pediste.
Dec. Tú vienes
á convencerte á ti misma.
Desde el punto que á valerme
fuí de ti, mi honor corrió
por tu cuenta: luego tienes
obligacion de mirar
por él tanto, que si hacerte
dueño de Roma quisiera
por trato alevosamente,
tú no lo habias de ser
porque yo traidor no fuese.
Cen. Yo pierdo en esta ocasion
la victoria, y tú no pierdes
la opinion.
Dec. Sí, pierdo tal.
Cen. Deja...
Dec. Cenobia, detente,
ó vive Dios, que te mate.
Y puesto que muger eres
con quien se pueden tratar
cosas de honor, cuando vienes
á esta empresa contra mí,

te pido que me aconsejes.
Considérate en mi puesto;
que lo mismo que tú hicieres,
haré yo.

Cen. Si yo me viera
con la obligacion que tienes
en este puesto empeñada,
muriera hasta defenderle.

Dec. ¡Y si el rendirle importara
á un grande amigo?

Cen. No puede
nadie acudir á su amigo
mas que á su honor.

Dec. ¿Y si fuese
una muger que adorase?

Cen. Perdiera una y muchas veces
vida y honor. ¡Pero tú
tan vano y loco te atreves
á decirme que me adoras?

Dec. Con poca ocasion te ofendes;
no eres tú.....

Cen. Pues al primero
consejo quiero volverme:
guardar el puesto te importa,
ó morir, ó defenderte.

Dec. Pues si animosa aconseja
una muger de esa suerte,
¿qué haré yo en ejecutarlo?

Cen. Tu misma accion te condene;
considérate en el mio,
que en esta ocasion se ofrece
en fin de tan gran victoria,
y que el paso te defiende
un grande amigo, qué hicieras?

Dec. Aunque otro yo mismo fuese,
le matara.

Cen. ¡Y si estimaras
su vida?

Dec. Le diera muerte,
aunque le estimara.

Cen. Y dime,
¿si aquesa persona fuese
un hombre que yo quisiera?

Dec. ¿Cielos, luego tú me quieres?
Perdiera cien mil victorias,
volviérame...

Cen. Tente, tente,
que no soy....

Dec. Pues al primero
consejo quiero volverme;
dame la muerte, que yo
contento, ufano y alegre,
moriré de ver que compro
tu alabanza con mi muerte.

Cen. Por no darte aquesa gloria
no te mato; que no quiere
mi ambicion que haya un romano
á quien la fama celebre
por tan valiente, animoso,
invencible, altivo y fuerte
que tan tristemente viva,
y muera tan noblemente.
Por ti pierdo la victoria.

Dec. Pues mira que si la pierdes,
que ya me das ocasion
para pensar que tú eres
la enamorada, pues tomas
el consejo.

Cen. Responderte,
que no lo pienses, pudiera;
¿mas qué importa que lo pienses?
(Vanse cada uno por distinta parte.

Sale AURELIANO *y soldados.*

Aur. Júpiter soberano,
si el gobierno del mundo está en tu mano
¿cómo, di, tu deidad así permite,
que una muger á Roma el honor quite?
Ni eres Dios, ni eres fuerte
ni son tus obras líneas de la muerte.
Tú, Marte, que entre acero y entre mallas
eres sangriento Dios de las batallas,
¿cómo tu cuello doma
una muger, que el lauro quita á Roma?
Ni eres Dios, ni valiente;
miente tu aspecto, tu semblante miente.
¿Que una muger, que una muger resista
á Roma? á mí, con desigual conquista?
diera por cautivalla,
por prendella y llevalla
á Roma, y en el carro
entrar pisando su ambicion bizarro,
diera....Pero estoy loco:
¿qué tengo yo que dar, si Roma es poco?

Sale el capitan.

Cap. De Cenobia un soldado
buscándote al ejército ha llegado.

Aur. Valor, disimulemos; *(aparte.*
no conozca mi pena en mis estremos.—
entre pues. Qué querrá en desdichas tantas?
(Vase el capitan.

Sale LIBIO.

Lib. Permíteme, señor, besar tus plantas.

Aur. Qué quieres?

Lib. Muy cruel y poco sabio
vengo á pedir venganza de un agravio.
Yo soy Libio, sobrino
de Cenobia, que á ser mi reina vino,
por muger de Abdenato.
El á su sangre ingrato,
siendo yo el heredero

único de su estado,
me dejó de la accion emancipado;
y el vulgo novelero,
que conjurado estaba,
la corona la dió que me tocaba,
por lo cual mi rigor me determina
á tan cobarde empresa.
Yo te he de hacer señor de Palmerina,
yo he de darte á Cenobia muerta ó presa.

Aur. ¡Tú te atreves á darme
á Palmerina?

Lib. Sí.

Aur. ¡Tú has de entregarme
presa á Cenobia?

Lib. Sí.

Aur. ¿Qué es lo que espero?
Déjame echar á aquesos pies primero,
y juro aquí delante,
por Marte horrendo y Júpiter tonante,
por el sagrado Apolo,
por el criador de cielo y tierra solo,
Libio, si en mi favor consigues esto,
que he de ponerte en el mas alto puesto,
igual á mi persona,
poniendo en tu cabeza mi corona.

Lib. La voz así animaba mi fortuna. (*apte.*

Aur. Pero cómo podrás?

Lib. ¡Pues tiene alguna
duda mi pretension? Yo sé los nombres
de las postas; y puedo
llegar sin algun miedo
hasta su tienda solo con cien hombres.
Cenobia ahora descuidada vive
con la victoria, que á este tiempo escribe.
Si yo á su tienda llego
en las tinieblas del silencio ciego,
¿qué duda hay de traella
antes que alguno pueda defendella?

Aur. Pues no hagan las razones
estorbo con sus vanas ilusiones;
daréte cien soldados,
en la escuela de Marte acreditados:
y en fe que ahora agradecido quedo,
toma este real anillo, que en mi dedo
estrella fué; y verás si he de premiarte,
porque pienso á los cielos levantarte.

Lib. Alta ventura desta accion colijo, (*aparte.*
la prodigiosa voz así lo dijo.
Presto, fortuna, presto,
pienso que me has de ver en alto puesto.
(*Vanse.*

Salen CENOBIA, IRENE, CROTILDA *y* PERSIO

Cen. Dejadme un poco sola.

Iren. Qué tienes?

Cro. Qué te aflige?

Cen. Una oculta tristeza
el corazon me oprime;
un miedo me desmaya,
y una pasion me rinde.
¿En el primer encuentro
de la guerra, no viste
muerto el caballo? Luego
entre asombros terribles
nacida de las peñas,
voz temerosa y triste
me dijo, que sería
hoy trofeo infelice
de un traidor y un tirano
que conjurados viven.
Mi tienda hallé caida;
y aunque al valor insigne
que me alienta no vencen
estos agüeros viles,
temo.... No sé qué temo,
ni el decirlo es posible;
porque nunca fué grande
tormento que se dice.

Pers. Diviértete, y no dudes
tu honor siempre invencible,
tu fama siempre eterna,
tu patria siempre libre.

Cen. Ahora, vanos temores,
dejad de perseguirme;
escribiendo esta guerra
pretendo divertirme.

Pers. Ya está puesta la mesa.

(*Sacan un bufete con una escribanía. Cenobia se pone á escribir, y todos se van.*

Cen. Por no dejar que olvide
el tiempo mi alabanza,
papel, que siempre finge
á la verdad grandezas
y á la envidia imposibles,
la muger que pelea
es la misma que escribe,
que á un mismo tiempo igual, es
espada y pluma rige.
Historia del oriente
la llamo; así prosigue:
(*Escribe.*
"Retiróse á este tiempo
Aureliano, y humilde
socorros poderosos
á Egipto y Persia pide.
en este tiempo Libio.....
(*Representa.*
El Libio, (ay de mí triste!)
escrito está con sangre,
y al ir á repetirle,
sangre brotó la herida,
y mesa y papel tiñen
deshojados claveles
ó líquidos rubíes.

¡O sangriento prodigio!
¡Mas ay, suerte infelice!
¿Abdenato, qué quieres,
que muerto me persigues?
Señor, esposo, tente;
no ofendas, no castigues
á quien.... Pero qué es esto?
Resuelta en humo finge
una nube la sombra,
dejando el aire libre.
(Queda como desmayada.

Salen LIBIO, *el Capitan y soldados.*

Lib. Esta es su tienda; aquí
tan descuidada asiste,
que en los brazos del sueño
á un tiempo muere y vive.
Llegad con tal secreto,
que el mas valiente pise
de su temor la sombra.
Cap. Muera si se resiste.
Lib. Llegad, y ojos y boca
la tapad.
Cenobia dice en sueños.
Cen. ¡Qué terrible
aprehension! Mas qué es esto?
(Cógenla por detras, átanla las manos y échanla una banda en el rostro.
Lib. Es quien así consigue
su venganza.
Cen. Traicion!
Lib. Favor en vano pides,
que ya tu guardia es muerta.
Cen. Traicion!
Lib. Cuando repite
traicion, todos traicion
decid; que así se impide
el sospechar quien somos;
porque ninguno pide
favor contra sí mismo.
Cen. Traicion!
Todos. Traicion!
Lib. Consiguen
los cielos mi venganza.
(Llévanla maniatada.

Quédase LIBIO, *y sale* IRENE.

Iren. Entre las sombras tristes
buscándote he venido,
de sus tinieblas lince.
Bien se logró tu intento;
que como traicion dicen
ellos mismos, los deja
el ejército libres.
Lib. Ven donde de Aureliano
las honras participes,
en cuya confianza
este anillo, que imprime
las águilas de Roma,
y ya dueño ciñe,
me entregó.
Iren. Vamos pues;
con tu intento saliste. *(Vanse.*

Sale AURELIANO.

Aur. A la voz presurosa
del sol, con dulce salva
sale llorando el alba,
y riendo el aurora,
que esperan en un dia
efectos de tristeza y alegría.
Mi honor es el aurora,
Cenobia el alba bella,
que entre amalla y vencella
el uno y otro llora,
cuando triste y contento
mi dicha estimo, y su desdicha siento.
(Tocan dentro cajas y trompetas.
Mas ya con ecos graves
publican dulces fines
los sonoros clarines,
las trompetas suaves,
cuyo compás con bajas
voces repiten las templadas cajas.

Van saliendo los soldados, y despues CENOBIA *atadas las manos, cubierto el rostro; y luego la descubren, y se hinca de rodillas.*

Aur. Y ya á Cenobia veo,
que entre desdichas tantas
besa humilde mis plantas.
O muera mi deseo,
ó viva mi esperanza;
que amor pide piedad, y honor venganza.
La fama siempre vive,
el gusto luego muere,
pues mi piedad no espere;
que si el gusto recibe
la gloria del trofeo,
viva mi honor, y muera mi deseo.
Cen. César, cuya memoria
eterna al mundo viva,
cuando con sangre escriba
el tiempo esta victoria,
advierte en mis enojos
la voz del labio, el llanto de los ojos.
No altiva, no atrevida
pienso hablarte quejosa,
sino triste y llorosa;
mostrar quiero advertida,
que quien en pena grave
supo vencer, hoy ser vencida sabe.

A tus pies está puesta
quien los aplausos tuyos
pensó ver á los suyos;
porque adviertas, que en esta
variedad importuna
tragedias representa la fortuna.
La que veloces alas
de la fama gloriosa
compitió victoriosa
á la deidad de Pálas;
hoy con soberbia poca,
donde quitas los pies pone la boca.
No te pido la vida;
que las glorias que heredas
temo que las concedas,
cuando yo, agradecida
al llanto, decir puedo,
que solo á las venturas tengo miedo.
La libertad te pido
de mi patria, si alcanza
piedad tanta venganza;
y pues yo sola he sido
la que se opuso á Roma,
solo en mi vida la venganza toma.
Triunfa en mí valiente,
véngate en mí ofendido,
pon libre y atrevido
el pié sobre mi frente,
llévame á Roma aprisa,
y en carro de oro mi arrogancia pisa.
Aun sin verme me dejas?
pues con ecos veloces
daré á los vientos voces,
daré á los cielos quejas,
daré á la tierra espanto,
á los aires suspiros, y al mar llanto.

Aur. Turbados mis sentidos *(aparte.*
pueden en tanta mengua
vencer ojos y lengua,
pero no los oidos;
que tienen por despojos
labios la lengua, y párpados los ojos.
¿Mas qué defensa espera
la voz sonora y clara?
si yo al hombre enmendara,
para que siempre viera
y nunca oyera quejas
de muger, diera guarda á las orejas.
El que constante estuvo
y sordo tiempo tanto
de una muger al llanto,
perfecta alma no tuvo;
ni es racional, ni es hombre
á quien de la muger no rinde el nombre.
¿Mas tú, Aureliano, eres
el que en triunfo dichoso
juraste victorioso
triunfar de los placeres
de amor siempre constante?
Mis reprehensiones temo en mi semblante
¿Pues cómo ya amoroso
discurso te atropella?
Si Cenobia es tan bella,
si tú tan valeroso,
que la escedes, procura,
que iguale tu valor á su hermosura.
Ya al amor en su abismo
ningun poder le queda;
¿pues ha de haber quien pueda
en mí mas que yo mismo?
No; ni su fuego entero
me hará querer, si yo querer no quiero.
Ya con mayor instancia
aquí mi triunfo empieza;
venza pues la belleza
quien venció su arrogancia.—
Cenobia, enternecido *(á Cenobia*
vuelvo á mirarte del dolor vencido.
Sufre, padece y siente,
gime, suspira y llora;
que no te importa ahora
querer tocar valiente
la esfera de la luna;
esto puede el valor, no la fortuna.

Salen LIBIO *é* IRENE.

Iren. Llégale á hablar. *(aparte á Libio.*
Lib. Yo he sido
quien en tanta venganza,
cumpliendo tu esperanza,
su palabra ha cumplido;
muestra ahora la tuya.
Aur. Sí mostraré; porque mi fe se arguya.
Yo he prometido hacerte
igual á mi persona;
ves aquí mi corona. *(Pone su corona á Lib.*
Iren. ¡Qué venturosa suerte!
Aur. Mas con lo que hago y digo
premio el favor y la traicion castigo.
Con ella desde el monte, *(á los sold.*
que, opuesto á las estrellas,
es en sus luces bellas
término al horizonte,
le despeñad. Con esto
te vienes, Libio, á ver en alto puesto.
Llevadle, pues.
Lib. Ay cielos!
en tan violento estrago,
bien lo que debo pago.
(Llévanle algunos soldados.
Aur. Pierda yo los recelos,
que quien en tanta pena
su sangre vende, venderá la agena.
Iren. Ya van á despeñalle. *(apte.*
mas consuelo prevengo,

que el real anillo tengo;
con él he de libralle,
publicando atrevida,
que Aureliano por él le da la vida. (*vase*

Aur. A ese reino importuno,
vida se le concede;
si se altera, no quede
con la vida ninguno,
sino los entregados,
que han de ir por fieras de mi carro atados.
Ten, Cenobia, prudencia;
que esto es mundo.

Cen. Sí tengo;
y á mas rigor prevengo
mas valor, mas paciencia;
que quien tuvo soberbia en tantas dichas,
sabrá tener paciencia en las desdichas.

JORNADA III.

Salen ASTREA *y* DECIO.

Dec. Rotos ya los privilegios
de la muerte, hermosa Astrea,
viva por mi dicha cuando
todos te tienen por muerta.
A Roma llegas á tiempo
de ver la mayor tragedia,
que en el teatro del mundo
la fortuna representa.
Hoy entra en ella Aureliano,
no podré decir cómo entra,
sin que en suspiros se anegue
la voz, pronunciada apenas.
En un triunfal carro, á quien,
en vez de rústicas fieras,
racionales brutos tiran,
atados cautivos llevan;
él en lo mas eminente
del triunfal carro se asienta
en un trono, á imitacion
hermosa de algun planeta.
Luego va Cenobia, ay triste!
¿Tendrá espíritu la lengua
para decirte que va
Cenobia á sus plantas puesta,
ricamente aderezada,
hermosamente compuesta,
donde, como en centro, viven
piedras, oro, plata y perlas?
Atadas las blancas manos
con riquísimas cadenas
de oro, prisiones en fin,
¿qué importa que ricas sean?
Va á sus pies, y él, profanando
el respeto y la belleza,
el sagrado bulto pisa,
la imágen rica atropella.
Mal haya amen mi valor;
pues la ventaja que muestra
en este triunfo Aureliano,
es que en sus fortunas tengan,
él un leal que le guarde,
y ella un traidor que la venda.

Astr. A tardar la relacion,
bien fácilmente suplieran
los ojos á los oidos;
porque ya el aviso llega
del triunfo.

Dec. El anfiteatro
es este, y aquí la espera
lo mas de Roma. Aquí quiero,
sea atrevimiento ó sea
desesperacion, llegar
á desvanecer la rueda
deste pavon, acordando,
en medio de sus grandezas,
que fuí yo quien le guardó
la vida.....

Astr. Gran cosa intentas.

Dec. Cuando en la guerra le vi
huyendo con tanta afrenta.

Suena la música, y entran soldados delante, y detras un carro triunfal, en el cual viene AURELIANO *emperador, y á sus pies* CENOBIA *muy bizarra, atadas las manos tirando algunos cautivos el carro, y detras gente.*

Dentro. ¡Viva nuestro emperador!
¡Viva nuestro invicto César!

Aur. Atenta, ó triunfante Roma,
á tu alabanza, y atenta
á tus inmortales glorias,
mis victorias considera.
No de laurel coronado
llego á verte; porque fuera
á tanta ocasion pequeño
aplauso; inmortal diadema
de oro corona mi frente;
que ya quiero que esta sea
insignia de emperadores,
ciñendo yo la primera.
(*Pónese una corona de oro.*
No en triunfal carro, guiado
de fieras que se sujetan
á domésticas coyundas,
vuestro invicto César entra,
sino en carro, á quien conducen
viles esclavos, que muestran
en su humildad mi arrogancia:
asirios son; qué mas fieras?
No os parezca una muger

poco fin á tanta empresa;
que mas su victoria estimo,
que si en campaña venciera
en defensa de los dioses,
brazo á brazo y fuerza á fuerza,
los gigantes de Sicilia
ó los cíclopes de Flegra.
Esta que veis á mis pies
muger humillada, esta
que, á ser mortal la fortuna,
la misma fortuna fuera,
asombro ha sido del Asia,
temor del Africa, afrenta
de la Europa, y la que á Roma
se opuso con tantas fuerzas.
Miradla ahora qué humilde,
mirad la ambicion depuesta,
rendida la vanidad
y la presuncion sujeta:
y para mirarlo todo,
mirad á Cenobia presa,
vereis arrogancia, envidia,
ambicion, poder y fuerza
puesto á mis plantas, si está
Cenobia á mis plantas puesta.
Cen. Aureliano, las venganzas
de la fortuna son estas,
que ni son grandezas tuyas,
ni culpas mias. Pues llegas
á conocer sus mudanzas,
valor finge, ánimo muestra,
que mañana es otro dia,
y á una breve fácil vuelta
se truecan las monarquías
y los imperios se truecan.
Vence y calla; pues yo sufro
y espero; para que veas
que, pues yo no desconfio,
será razon que tú temas.
No la ambicion te levante
tanto, que midiendo esferas
de tu misma vanidad,
la altura te desvanezca.
Sale el alba coronada
de rayos, y el sol despliega
al mundo cendales de oro,
que enjuguen llanto de perlas;
sube hasta el zénit; mas luego
declina, y la noche negra
por las exequias del sol
doseles de luto cuelga.
Impelida d · los vientos
con alas de lino vuela
alta nave, presumiendo
todo el mar pequeña esfera
y en un punto, en un instante
brama el viento, el mar se altera,
que parece que sus ondas
van á apagar las estrellas.
El dia teme la noche,
la serenidad espera
la borrasca, el gusto vive
á espaldas de la tristeza.
La alabanza de tus glorias
para ajenos labios deja;
que mas alaban silencios
agenos, que propias lenguas.
Déjame que yo los diga,
para que á un tiempo se vean
en mí lástima y valor
en ti lástima y modestia.—
Romanos, yo soy Cenobia;
yo soy la que en tantas guerras
se opuso á Roma, y ganó
tantas victorias sangrientas.
Vendida fuí de un traidor;
advertid, si está sujeta
á un engaño la osadía,
y á una traicion la grandeza.
Pero ya que estoy vencida,
en tantas desdichas tengan
lástima los animosos
y los cobardes soberbia;
pues podrá ser, que cansada
destos aplausos la rueda,
dé la vuelta y que á mis pies,
como me he visto, te veas.
Aur. Esta es la misma esperanza
inútil, cobarde y necia,
de Decio; tambien me dijo:
podrá ser que tiempo venga,
en que yo triunfe de ti.
¿Cómo este tiempo no llega?
O no osa ya la fortuna,
ó me teme ó me respeta.
Ni la estimo, ni la aprecio;
bueno fuera que temiera
á una muger y á un cobarde.
Dec. Pues el triunfo da licencia
á un soldado, que ganó
alto renombre en la guerra,
para que el premio reciba,
en tanto que se celebra:
dí, que Decio es un cobarde,
que no importa; mas no ofendas
al soldado que te dió
la vida, y en tu defensa
puso la suya en peligro,
cuando tú huyendo quisieras
ser espíritu de un tronco,
ó ser alma de una peña.
Y si, porque me venció
una muger, tú me afrentas,
dime, ¿qué honor te dará,
cuando tú una muger venzas?
O tiene valor, ó no:

si tiene valor, ya muestras
que á mí me pudo vencer;
si no le tiene, ¿qué empresa
te da alabanza, triunfando
con magestad y grandeza
de una muger sin valor?
Luego en razones opuestas,
ó yo no merezco culpa
cuando una muger me venza,
ó tú no consigues gloria
cuando vas triunfando della.

Aur. Para vencer basta, Decio,
que cualquier contrario sea;
para ser vencido no.
¿Mas tú, cobarde, qué intentas,
pues en Roma te quedaste
con esas vanas quimeras?
con esos locos desprecios?
¿Qué te importa, di, que tenga
digno premio aquel soldado?
Yo lo confieso, que era
valiente, con que aseguro
que no fuiste tú.

Dec. Esta seña (*mostrando el baston.*
dirá, Aureliano, quién fué;
el baston testigo sea.
Premia mi valor, pues culpas
mi cobardía; y hoy vean,
que tú en un mismo sujeto
tan bien honras como afrentas,
satisfaces como agravias,
y como castigas premias.

Aur. Decio, tú solo á mis glorias
te opones, tú solo intentas
oscurecer la alabanza
que me da Roma, y tú llegas
loco y atrevido, donde
mi justicia no te premia,
porque un hombre sin honor
no es capaz, con tanta afrenta,
de honra alguna. Y por castigo
de una libertad tan nueva,
prosiga el triunfo que quiero
que dure, porque le veas;
y por mas gloria, la fama
en su pregon diga, esta
es la justicia, que manda
hacer la fortuna fiera
á este hombre por cobarde,
y á esta muger por soberbia.

Todos. ¡Viva nuestro emperador,
viva nuestro invicto César!

Canta la música toda, vuelve el carro y vanse, quedando Astrea y Decio.

Astr. Grande atrevimiento ha sido
el haber, Decio, llegado
resuelto y determinado
donde tus quejas ha oido.

Dec. Ya perdido
el honor, el gusto, el ser,
en ansia tan repetida,
no hay que impida;
que no tengo que perder,
donde es lo menos la vida.
¡Que así un bárbaro procura
profanar con tal fiereza
las aras de la belleza,
los cultos de la hermosura!
qué locura!
Ay Cenobia, peno, rabio,
mataré al emperador;
y mejor
en venganza de tu agravio,
que en venganza de mi honor.

Astr. Si á matarle te dispones,
pon el modo y yo las manos.

Dec. Calla, porque dos villanos
vienen.

Salen LIBIO *é* IRENE *vestidos de villanos.*

Lib. Aunque te corones
de naciones,
hoy, Roma, en ti determino
vengarme.

Astr. Ayudarte quiero, (*á Decio.*
porque espero
que es el impulso divino,
y celestial el acero.
(*Vanse Astrea y Decio.*

Iren. De las manos de la muerte
libre quedaste, y en Roma,
cuando ya Aureliano toma
satisfaccion desta suerte.
Libio, advierte
la industria que te libró
de tan bárbara violencia,
y ten prudencia;
que otro anillo no quedó
que suspenda otra sentencia.

Lib. Confieso que tú me das
la vida; y pues lo conoce
el alma, deja que goce
esta que vivo me das;
y verás,
si le llego á conseguir,
el fin dichoso que alcanza
mi venganza;
que menos mal es morir,
que vivir sin esperanza.
Por verme con alto honor,
la muerte á Abdenato di,
mi misma sangre vendí,
á mi patria fuí traidor.
Llegó el rigor
á castigarme, y á ser

mi verdugo osado y fuerte;
pues advierte,
¿qué tengo ya que perder
perdido el miedo á la muerte?

Iren. Pues no puedo aconsejarte,
matemos á este cruel;
que yo, hasta morir fiel,
pienso, Libio, acompañarte
y no ser parte,
tiempo, mudanza, ni olvido
á dejarte de querer,
para saber,
cuántas cosas ha vencido
con amor una muger.

Lib. Los dos hemos de decir,
que á solas le hemos de hablar,
porque importa, para dar
un aviso, en él fingir
que á pedir
justicia vas, sin malicia,
de un agravio; y si esto alcanza
mi esperanza,
tú le pedirás justicia,
y yo tomaré venganza.
Pues estando divertido
contigo, yo llegaré
al titano, y le daré
de puñaladas.

Iren. Ha sido
atrevido
pensamiento el que has hallado.
¡Mas cómo de allí saldrás?

Lib. Necia estás;
véame una vez vengado,
que no quiero vivir mas. (*vanse.*

Salen CENOBIA *por una parte, y por la otra* AURELIANO.

Cen. En este paso procura (*apte.*
mi pecho, de amor desnudo,
pues con la fuerza no pudo,
vencer hoy con la hermosura.
Yo dije, que su grandeza
habia de ver á mis pies;
ayuden mi intento pues
amor, ingenio y belleza;
probaré, si puedo ver
humillado este rigor,
fingiendo gusto y amor.
Ahora sí que soy muger,
ahora sí lo he parecido;
pues con mis armas ofendo,
cuando á un bárbaro pretendo
vencer con amor fingido.

Aur. Cenobia está aquí; mas ciego (*ap.*
hoy á tantos rayos vivo,
cuando nueva luz recibo;
Fénix de amor en su fuego,
ciego estoy.

Cen. Turbada llego.

Aur. Qué intenta amor?

Cen. ¿Qué procura
mi engaño?

Aur. O qué luz tan pura!

Cen. O qué bárbara fiereza!
Qué semblante!

Aur. Qué belleza!

Cen. Qué fealdad!

Aur. Y qué hermosura!

Cen. A los pies teneis, señor, (*arrod.*
esta humilde esclava vuestra,
que segunda vez se muestra
rendida á vuestro valor.
Hoy el poder y el amor
os den una y otra palma,
cuando mi sentido en calma
dice que sabeis vencer
la vida con el poder,
y con el valor el alma.
Si venceis con fuerza altiva,
obligais con dulce amor;
y así dos veces, señor,
vengo á ser vuestra cautiva.
Para que en mi centro viva,
dejadme echar á esas plantas.

Aur. Así al cielo me levantas.

Sale DECIO *al paño.*

Dec. Que esta es de Cenobia creo
la torre. ¡Pero qué veo,
cielo, entre desdichas tantas?

Aur. Alza, Cenobia, del suelo;
que grande prodigio encierra,
cuando humildes en la tierra
se ven las luces del cielo:
mientras con nuevo desvelo
alteran el pecho mio
uno y otro desvarío,
sin duda que no advirtió
tal belleza el que pensó
que era libre el albedrío.
Dos plantas hay con divina
virtud, que sin duda alguna
son veneno cada una,
y juntas son medicina.
La esperiencia en mí imagina,
pues cuando juntos los vi,
belleza y poder vencí;
faltó el poder, y segura
sola quedó la hermosura,
que es veneno para mí.
¿Quién vió tan fieros castigos?
Que en tu hermosura y poder
tenga yo mas que vencer

donde hay menos enemigos,
mis tormentos son testigos.
¿Así, cobardes sentidos,
estais á su voz rendidos?
Huid, huid sus enojos;
no mireis lágrimas, ojos,
no oigais lisonjas, oidos.
¿Por qué con locuras tantas
quieres aumentar mi pena?
Dí, cocodrillo y sirena,
¡qué me lloras y me cantas?
Si á vencerme te adelantas,
ya al llanto ya al canto atento,
vencerte con todo intento;
y así, sin ventura alguna,
llora tu corta fortuna,
y canta mi vencimiento. (*Vase.*

Cen. Ya ningun remedio espero,
pues hoy fingido se ha hallado
un amor tan mal pagado,
que pareció verdadero.

Dec. (*llegando*) Podré, cuando amante muero,
(ay de mí!) vivir callando?

Cen. Quién estaba aquí escuchando?

Dec. Yo, Cenobia, (estoy mortal!)
que un desdichado su mal
cuándo no le escucha? cuándo?
Perdona mi atrevimiento
si te hablare descortés;
que á zelos y amor no es
bastante mi sufrimiento.
Yo soy quien el pensamiento
al mismo sol levantó,
quien á tu luz se atrevió;
pero si pude sufrir
amar, padecer, sentir
con amor, con zelos no.
No puedo; cuando fiel
á tu amor, con ansias fieras
no siento que no le quieras,
sino que te olvides dél.
Esta es mi pena cruel.

Cen. Efectos iguales son,
pues yo siento tu pasion,
no la mia.— ¿Cómo pues, (*apat.*
sin decirle que lo es,
le daré satisfaccion?
Si á tan altivos desvelos
hallar disculpa procuras,
dime que fueron locuras
esos que llamaste zelos.
Testigos hice á los cielos,
Decio, de que habia de ver
á mis plantas el poder
de un soberbio emperador;
y valíme del amor,
que ya parezco muger.
Con esto pues, pretendí
vencer su arrogancia, y fué
la causa porque mostré
las finezas que fingí.
Esto digo porque así
no te atrevas á los cielos,
porque hallarán tus desvelos
castigos, disculpa no;
porque nunca supe yo
qué era amor, ni qué son zelos. (*vase.*

Dec. Yo me holgara en tal rigor
de que supiera tu fé
lo que son zelos; porque
supieras lo que es amor.
Quién vió tan fiero rigor?
Pues cuando él te ofende á ti,
yo el agravio padecí;
buscas venganza cruel,
y para vengarte dél,
la muerte me das á mí.
El, de amor libre y exento,
negó su poder y fuese;
y para que él lo confiese,
á mí me dan el tormento.
Agraviado sufrimiento,
muera un fiero emperador,
no porque ofendió mi honor,
no porque triunfó de ti;
porque me dió zelos sí,
que ya es agravio mayor.

Sale ASTREA.

Astr. Desde aquí dentro he escuchado
tu intencion, y yo he de ser
quien te ayude, hasta perder
la vida que tú me has dado.
Hoy da audiencia en el senado
Aureliano; en él podemos,
como en otro trage entremos,
llegar á hablarle, y así
darle la muerte; que allí
mil agraviados tendremos
de nuestra parte. Los plazos
abrevia, porque saldrá
de allí, ó porque muero ya
por mirarle hecho pedazos.

Dec. Dame mil veces los brazos,
por el valor y el deseo
que de tan sangriento empleo
hoy muestras.

Astr. No puedo yo
negarlos. (*Se abrazan y vase Astr.*

Sale CENOBIA.

Cen. Aquí quedó
Decio. ¿Mas qué es lo que veo?
¿Los brazos dió á una muger,

y muger que es tan hermosa?
¡Ay de mí, que una fogosa
rabia empiezo á padecer,
que no lo sé conocer,
y sé sentir sus desvelos!
Esta es pena, es rabia, cielos!
Mas no, mayor daño fué;
pues ya imagino que sé
que es amor y que son zelos.
Pues si lo sé, mi tormento
rompa el pecho; salga pues,
que á zelos y amor no es
bastante mi sufrimiento.—
Decio, nuevo atrevimiento
ofende mi presuncion.
¿Tú en mi presencia á una accion
tan libre en mi cuarto así
te atreves?

Dec. ¿Cómo (¡ay de mí!) (*apte.*
le daré satisfaccion
sin ofenderla?—Señora,
la hermosa dama que ves
es Astrea, que despues
sabrás cómo vive ahora.
Ella, que mi ofensa llora,
dijo que hoy podia vencer
este bárbaro poder;
y abracéla, porque espero
que, muerto este monstruo fiero,
no tengas á quien querer.

Cen. Yo quiero?

Dec. Ya lo fingiste.

Cen. ¡Y basta á dar pena?

Dec. Sí.

Cen. ¡Y yo que un abrazo vi?

Dec. ¡Tú que el desengaño oiste?

Cen. ¿En fin, los brazos la diste?

Dec. ¿En fin, le dijiste amores?

Cen. Fueron falsos.

Dec. ¿Qué mejores,
si tú lo que todas haces?

Cen. ¡Que en mi presencia la abraces!

Dec. ¡Que á mis ojos le enamores!

Cen. ¡Pues qué te ha movido á ti
á sentirlo?

Dec. Una pasion.

Cen. Tus zelos?

Dec. Dasme ocasion
á que te diga que sí.

Cen. Qué atrevimiento!

Dec. ¡Y á ti
quién, Cenobia, te obligó
á sentir, que abrace yo
á Astrea?

Cen. Un deseo no mas.

Dec. Tu amor?

Cen. Ocasion me das
á que te diga que no.
¡No te han dicho mis desvelos
que estos son zelos y amor?

Dec. ¿No te ha dicho mi temor
que estos son amor y zelos?

Cen. Mi pena saben los cielos.

Dec. Tú mi tormento cruel.

Cen. Muero en ella.

Dec. Vivo en él.

Cen. Pues qué esperas?

Dec. Que tú seas
mi reina: y tú....

Cen. Que te veas
coronado de laurel. (*vánse.*

Descúbrese un trono y en él sentado AURELIANO, *y en lo bajo habrá un bufete con papel y recado de escribir, y salen algunos soldados y el capitan con memoriales de todos.*

Aur. ¡Qué cansados pretendientes!
¿Qué mas premio han de tener
los soldados? ¡el servirme
no basta para interés?
Si pelearon y vencieron,
yo tambien vencí y peleé;
pues yo los dejo, bien pido
en que me dejen tambien.
Si son pobres, no nacieran;
demas de qué importa á un rey
que haya pobres en su imperio?
Sufran y padezcan pues;
que pues el cielo los hizo
pobres, él sabe por qué.
¿Puedo yo enmendar al cielo?

Sold 1. No; mas su piedad nos dé (*aparte.*
ocasion para librarnos
de un tirano.

Capit. Aqueste es
de Lelio.

Aur. Qué dice Lelio?

Capit. Dice: (*lee*) „Señor, yo me hallé
en Asia, donde te vi....."

Aur. No me digas mas, romper
puedes ese memorial,
que ya premiado se ve.
Ya tiene mas que merece
si me ha visto. ¡Qué mas bien,
qué mas honor, qué mas gloria
hay, que dejarme yo ver?

Capit. Este es de Camila, y dice,
que es una pobre muger,
cuyo marido matáron
en el Oriente.

Aur. ¿Pues qué,
pretende que yo le pague
su marido? Bien á fe;
si en Oriente le mataron,

pídale allá; que no es bien,
pues le mató el enemigo,
pague yo á quien no maté.

Salen LIBIO *é* IRENE *vestidos de villanos*

Iren. Hemos de entrar, aunque todos
lo impidan.(*aparte á Libio*) Mira que estés
prevenido....

Lib. No te turbes.

Iren. Que yo le divertiré.

Sold. 1. Teneos, villanos.

Aur. Dejadlos,
qué pretendeis?

Iren. A tus pies, (*arrodillándose.*
invicto César de Roma,
cuyo sagrado laurel
en lucientes rayos de oro
trueca el verde rosicler,
á tus pies pide justicia
una infelice muger,
de un tirano, de un traidor
sin Dios, sin honor, sin ley.
No permita, pues, que cuando
tú victorioso te ves,
dando alabanzas al Tíber,
en tu mismo imperio esté
seguro de ti un traidor;
así á tu corona den
parias, tributos y feudos
del mundo las partes tres.
Ahora puedes llegar.
(*Aparte á Libio.*

(*Va Libio á darle con la daga, y se suspende como temeroso retirándose, y Aureliano se espereza como dormido.*

Aur. ¡Qué terrible aprehension es (*aparte.*
esta, que el ánimo mio
rinde pesada y cruel.—
No prosigues? (*á Irene.*

Iren. El dolor
me suspendió con poner
una mordaza en la lengua,
y en la garganta un cordel.

Aur. Prosigue.— ¡Imaginacion, (*aparte.*
qué pretendes? (*duérmese.*

Iren. Este, pues,
que de su amor incitado
sombra de mi cuerpo fué,
sin que pudiese su amor
en tanto tiempo poner
menos fuerza en su deseo,
mas agrado en mi desden,
entró en mi casa una noche.—
Qué esperas, Libio? (*aparte.*

Lib. Esta vez
me determino á matarle;
valor mi agravio me dé.
Pero gente es la que viene.

Al irle á dar, entran por la otra puerta DECIO *y* ASTREA, *y suspéndese Libio.*

Astr. En fin, cubierta llegué, (*á Decio.*
diciendo que me importaba
hablar á Aureliano; y él
parece que está dormido.
Efecto del cielo fué
el sueño; guarda la puerta,
Decio, pues la ocasion ves
de escaparnos; que el matarle,
que es mas fácil, yo lo haré.

Dec. Y yo paso á tu salida
con la espada. (*váse.*

Lib. Ya se fué, (*á Irene.*
Irene, el hombre que entró;
retírate tú, pues ves
que, para darle la muerte,
tu brazo no es menester.

Iren. Libio, goza la ocasion.

(*Vase* IRENE, *y lléganse* LIBIO *y* ASTREA, *cada uno por su parte, á matarle.*

Lib. Hoy en su muerte veré
satisfecho mi deseo.

Astr. Cielos piadosos, poned
atrevimiento en mis manos,
poned valor en mis pies;
muera pues este tirano.

Lib. Muera este bárbaro pues.

(*Al ir á darle entrambos, despierta, y ellos se retiran.*

Aur. ¿Cielos, qué fiera aprehension
es esta con que poneis
espanto? Pero qué veo?
Deten, Libio, Astrea, deten
la sangrienta mano.

Astr. Inmóvil, (*aparte.*
estoy.

Lib. Turbado quedé. (*aparte.*

Aur. Espíritus, que en eterna
cárcel habitais, despues
de dar el comun tributo
á la tierra, que debeis
en pálidos desengaños,
qué buscais? qué pretendeis?
sombras, que me perseguis?
fantasmas, qué me quereis?
Libio, yo te di la muerte,
Astrea, yo te maté,
por traidor, por engañosa;
no traicion, justicia fué,
no tiranía, piedad
la muerte os ha dado. ¡Pues
por qué me quitais la vida?
¿Por qué me matais? por qué?

Lib. Por bárbaro.

Astr. Por tirano.
Lib. Por soberbio.
Astr. Por cruel.
Aur. ¡Ha soldados de mi guarda!
no escuchais? no respondeis?
Lib. Notable ocasion perdí.
Astr. Notable ocasion dejé. *(vanse los dos.*
Aur. Ay cielos! ¿Pero qué temo,
si ilusion del sueño fué?

Sale DECIO.

Dec. Cerrada dejó la puerta *(aparte.*
que yo guardaba despues
que salió Astrea, y cerrado
solo he quedado con él;
dénme mis manos venganza.
Aur. Otro nuevo asombro ven *(aparte.*
mis ojos. Decio no es este?
Sí; y cuando le llegué á ver
me da mas temor su vista,
y una pasion, que no sé
de qué nace, me atormenta,
sin saber cómo ó por qué.—
¿Decio, (yo me animo en vano!)
Decio, qué osadia es
la que te dió atrevimiento
(turbado estoy!) para haber
llegado aquí?
Dec. Mi venganza.
Muerte mis manos te den,
por bárbaro, por tirano,
por soberbio y por cruel.
Aur. Qué es esto? Atadas las manos. *(ap.*
me tiene un temor.
Dec. Hoy ven
en mi ventura ó mi muerte
la venganza que esperé.
Mira si triunfo de ti,
mira si caes á mis pies
(Dale de puñaladas á Aureliano, y cae á los pies de Decio.
Aur. ¿Dioses, esto permitis?
esto sufris? esto haceis?
¿Pero si el mundo y el cielo,
que tantos agravios ven,
lo sufren, de qué me quejo?
Con mi mano arrancaré
pedazos del corazon,
y en desdicha tan cruel,
para escupírsela al cielo,
de mi sangre beberé,
que hidrópico soy, y en ella
tengo de aplacar mi sed.
Rabiando estoy y contento,
Decio, de que no he de ver
tus aplausos. Ay de mí!
(Queda muerto á los pies de Decio, y los soldados dicen dentro.

Sold 1 Voces da el César. Romped,
derribad todas las puertas.
Dec. Entren; que así me han de ver.
Sold 2 Ya están en el suelo todas.

Salen los soldados.

Sold 3 Qué es esto que vemos?
Dec. Es
la venganza de mi honor,
romanos, esta que veis.
Dadme la muerte; que yo
moriré alegre de ver
que compro con sangre mia
mi perdido honor; si es,
que por haber dado muerte
á Aureliano, y por haber
librado á Roma, merezco
morir.
Sold 2 Pues aquesta es
justa venganza de todos,
no solo matarte fué
nuestro intento por la muerte
de Aureliano, pero en vez
de matarte, te nombramos
César nuestro, por haber
librádonos de un tirano.
Ciñe el sagrado laurel,
Decio.
Todos. Viva Decio, viva!
(Corónanle, y vanle besando los pies y manos.

Salen ASTREA, CENOBIA *y todos.*

Dec. Pues vuestro César me haceis,
quiero pagaros la gloria
de tanto honor con un bien,
digno de mayores premios.
La hermosa Cenobia es
emperatriz, estimad
la satisfaccion que veis
de nuestro valor.—Cenobia,
dame la mano; que es bien
que, pues que fuiste ofendida,
seas vengada tambien.
Todos. ¡Nuestros dos Césares vivan!
Astr. Vivan dichosos! Y en fe
que el cielo los favorece,
estos prodigios vereis. *(se descubre.*
Astrea soy. Qué os espanta?
El invicto César es
quien me libró de un tirano.

Sale el capitan con IRENE *y* LIBIO.

Capit. Invicto César, yo hallé
escondidos en palacio
estos villanos que ves,

que dan de alguna traicion
graves indicios; porque
bruñidas armas de acero
cubre aquel tosco buriel.

Dec. A qué veniste?

Iren. A dar
muert e á Aureliano cruel
por una venganza.—Así (*aparte.*
pienso que perdon tendré,
pues fué su enemigo.

Dec. Ya
no soy Decio, ni es bien
como ofendido proceda;
como César sí, y hacer
justicia. Destos villanos
las dos cabezas poned
en dos escarpias.

Lib. Señor,
advierte...

Dec. Llevadlos pues.

Iren. Pues si habemos de morir,
escucha, y sabrás que bien
merecemos esta muerte;
pues somos los dos que ves
Libio é Irene, que dimos
muerte á Abdenato cruel.
(*Llévanlos algunos soldados.*

Cen. Si yo merezco, señor,
que á Libio é Irene den
tus manos la vida, esta
pongo rendida á tus pies.

Dec. ¿De una ingrata y de un tirano
pides la vida? No es bien
que perdone ofensas tuyas.
Mueran, y vive, porque
con su muerte, y con la gloria
de tan divino interés,
la hermosura desdichada
fin á sus fortunas dé.



LA VIDA ES SUEÑO.—Comedia de D. Pedro Calde... con el de las mejores ediciones, por D. J. E. Hartzenbusch, con la biografía del autor, por D. C. A. de la Barrera. Preciosa edicion de lujo con un excelente retrato de Calderon. Precio: 8 rs. en Madrid y 9 en Provincias.

DEL REY ABAJO NINGUNO, Y LABRADOR MÁS HONRADO, GARCÍA DEL CASTAÑAR.—Comedia de D. Francisco de Rojas Zorrilla. Edicion revisada por D. J. E. Hartzenbusch. Precio: 8 rs. en Madrid y 9 en Provincias.

EL BASTARDO DE MUDARRA.—Comedia manuscrita y firmada de Lope de Vega. Edicion foto-zincográfica. Un tomo en 4.° mayor, 20 rs. en Madrid y 24 en Provincias.

SAINETES ESCOGIDOS DE D. RAMON DE LA CRUZ.—Tres tomos en 8.°, 24 rs. en Madrid y 30 en Provincias.

OBRAS DRAMÁTICAS DE D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.—Tres tomos, 50 rs. en Madrid y 58 en provincias.

ROMANCERO ESPAÑOL.—Coleccion de cincuenta romances históricos y tradicionales, escritos por los Sres. Boccherini, Cabiedes, Castillo, Clark y otros. Un tomo con 50 grabados, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

MADRID DRAMÁTICO.—Coleccion de leyendas de los siglos XVI y XVII, por D. Antonio Hurtado. Un tomo con hermosas láminas, 40 rs. en Madrid y 44 en Provincias.

CORTE Y CORTIJO.—Novela por D. Antonio Hurtado. Un tomo con láminas, 20 rs. en Madrid y 24 en Provincias.

LECCIONES DE LITERATURA ESPAÑOLA por D. Alberto Lista. Dos tomos, 32 reales en Madrid y 38 en Provincias.

DICCIONARIO NOVÍSIMO DE LA RIMA por Landa. El más completo y mejor de los publicados. Un tomo, 30 rs. en Madrid y 34 en Provincias.

BIBLIOTECA CLÁSICA: HOMERO.—La Iliada, traducida por Hermosilla, 36 rs. en Madrid y 42 en Provincias.

CERVANTES.—Novelas ejemplares, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

ALCALÁ GALIANO.—Recuerdos de un anciano, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

VIRGILIO.—La Eneida, traducida por Caro, 24 rs. en Madrid y 28 en Provincias.

— Las églogas y las geórgicas, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

MACAULAY.—Estudios literarios, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

— Idem históricos, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

— Idem políticos, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

— Idem biográficos, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

— Idem críticos, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

QUINTANA.—Vidas de españoles célebres, 24 rs. en Madrid y 28 en Provincias.

CICERON.—Tratados didácticos y de la elocuencia, traducido por Menendez Pelayo, 24 reales en Madrid y 28 en Provincias.

SALUSTIO.—Conjuracion de Catilina. Guerra de Yugurta, traducido por el Infante Don Gabriel, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

TÁCITO.—Los anales, traducido por Coloma, 24 rs. en Madrid y 28 en Provincias.

PLUTARCO.—Las vidas paralelas, traducido por Ranz Romanillos, 60 rs. en Madrid y 70 en Provincias.

ARISTÓFANES.—Teatro completo, traducido por Baraibar, 24 rs. en Madrid y 28 en Provincias.

POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—Teócrito, Bion y Mosco, traducido en verso por Montes Oca, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

MANZONI.—Los novios, traducido por D. J. N. Gallego, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

ESCHYLO.—Teatro completo, traducido por Brieva, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

HERODOTO.—Los nueve libros de la historia, traducidos por Pou. Dos tomos, 24 rs. en Madrid y 28 en Provincias.

QUEVEDO.—Obras satíricas y festivas, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

DUQUE DE RIVAS.—Sublevacion de Nápoles, 12 rs. en Madrid y 14 en Provincias.

CALDERON DE LA BARCA.—Teatro selecto, con un estudio crítico de D. Marcelino Menendez Pelayo, 48 rs. en Madrid y 56 en Provincias.